



LIAH  
JONES

**El** *novio*  
**stripper**

@Liah Jones

Primera edición: noviembre de 2019

**Copyright**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

—¡Su puta madre, la que está liando!

El local era una auténtica fiesta de mujeres sexualmente alocadas y desinhibidas, que bailaban y jaleaban al mismo ritmo que el grupo de strippers que, sobre el escenario, estaban rematando una actuación sobresaliente.

Raúl, el novio de Lara, era el más suelto y descarado de los cinco bailarines: el centro de la mayoría de las miradas y de la mayoría de las barbaridades que se escuchaban en la sala. Ella, Lara, estaba al fondo de la barra, en la parte más oscura del local, espiándole. Había ido con Paula, su mejor amiga.

—Es duro verlo... —comentó Lara, después de coger su copa y darle un sorbo con la mirada medio perdida—. No hay nada que no me haya contado, pero no es fácil verlo... ¡Pandilla de lobas! Ahí hay muchas que se lo follaban de verdad y no es fácil ver cómo Raúl les ríe las gracias y juguetea. ¡¡Mira, mira, mira!! ¡Esa está palpando polla! ¡Joder, joder, joder, joder!

Lara empezó a hiperventilar.

—¡Para, para! Que hay billeteazo...

No se distinguía bien pero, desde luego, aquello no era un billete de un dólar de los que se compraban a euro en el local. No era verde sino, más bien, marrón. Tenía toda la pinta de ser un billete de cincuenta euros que, tras el breve sobeteo, una mujer le estaba sujetando en la cadera a Raúl con el elástico del tanga.

—Ya he visto suficiente. Vámonos —Lara estaba realmente nerviosa.

Se fue a casa. Por el camino, la conversación con Paula versó sobre los miedos que le provocaba todo lo que acababa de ver. Lo del billete también le preocupaba y, en la charla, se escuchó la palabra prostitución.

—Habla esta noche con él —dijo Paula al detener el coche frente a la casa de Lara—Te cuenta las cosas. Y te escucha...

Raúl era un buen tío. Lara y él llevaban ya un par de años saliendo, cuando él empezó a currar de stripper. Había sido inicialmente una medida desesperada para ganar dinero y, después de un año y de unas cuentas saneadas, el trabajo se mantenía, porque se había asumido en la relación. Molestaba sólo lo suficiente y era una situación que compensaba por el dinero que generaba.

A Lara le costó aceptarlo cuando, hace un año y algo, el tema se puso sobre la mesa. Fueron un par de meses de muchísima tensión entre los dos que, al final, se asumió como el mal menor y la única solución viable a su problemas. Lara terminó por aceptar que Raúl se hiciera stripper pero, para intentar no pensar en ello, no quiso saber nada del asunto. Y, aunque cuando Raúl comenzó a trabajar en el local no hacía más decirle que fuera cuando quisiera para ver lo que hacía, Lara nunca había ido.

Hasta ahora...

Raúl había podido ir saneando su economía y mejorando luego la de los dos y, además, su propio estado de ánimo había mejorado. Lo del local no era más de cuatro noches al mes, los viernes, y, aunque al principio tuvo que tragar con horarios que acababan de madrugada, Raúl había conseguido cribar sus actuaciones y se había diseñado un horario a su gusto. Un horario con el que, además, terminaba lo suficientemente temprano como para poder terminar el viernes en casa junto su novia antes de irse a la cama.

A Lara la cosa le empezó a resultar extraña cuando, sin aumentar mucho los horarios de trabajo, Raúl comenzó a ingresar aún más dinero. La explicación que le dio su novio fue la de que se estaba haciendo popular en el local y que, por eso, las propinas estaban aumentando. De esto

hará poco más de un mes. En sus explicaciones, además, Raúl le contó que también había empezado a hacer pases privados en el local y que eso le dejaba un poco más de dinero.

Eso de los pases privados hizo saltar las alarmas de Lara. Y, aunque Raúl le había jurado y perjurado que todo estaba bien y bajo control, lo cierto es que se había pasado este último mes intranquila y, poco a poco, había terminado por envenenarse. Ese sinvivir fue el que provocó que fuera al local a espiar a su novio.

—Y parece que no miente —le contestó Lara a su amiga antes de despedirse de ella con un par de besos y de bajarse del coche.

Lara seguía sin saber qué tenían de especial los pases privados, no había soportado la tensión de un espectáculo de su chico en el escenario y no pudo ver nada más. Pero sentía tener suficiente información como para calmarse. En el desparpajo de Raúl sobre el escenario, también había creído ver confianza y seguridad. Y Lara quería confiar también.

Subió a su casa, se puso el pijama y se tiró en el sofá a ver la tele. Raúl llegó poco después. Nunca se entretenía después del trabajo. Al rato, después de su novio se hubiera puesto también cómodo y de que el calor del hogar hubiera inundado con su presencia sus estados de ánimo, Lara sacó el tema.

—Hoy te he visto de bombero. He ido con Paula —sonó en medio de la calma.

—¿Y por qué no me has dicho que ibas a ir? —respondió Raúl tras girar la cabeza lentamente para mirar de frente a su novia.

Lara tardó en abrir la boca más de la cuenta.

—¿Has ido a espiarme? ¿Es que no confías en mí? Lara...

Lo cierto es que Rafa no se puso nervioso cuando Lara le dijo que había estado en el local, no reaccionó como si tuviera algo que ocultar. Parecía no haberlo y eso, a Lara, la tranquilizó de inmediato.

—¡No! ¡No! —respondió ella sacudiendo las manos para detenerlas cuando comenzó a hablar de nuevo—. Bueno... Sí, pero no. Déjame un segundo que encuentre las palabras... Hemos ido a verte porque no entendía lo del dinero y necesitaba empezar a ver con mis propios ojos... Y me parece que ya lo entiendo, pero hay cosas que se me escapan... Vale que parece que eres realmente famoso y cotizado pero... ¿Ha sido un billete de cincuenta napos lo que te han metido en el tanga?

Y Raúl, que conoce bien a su chica, supo cuál era el descontento que percibía en ella.

—¡Ah! Tu cara es por eso...

—Tu cara es por eso —se burló Lara—. ¡Tío! Que esa tía te ha sobado bien la polla.

—Esa tía me ha dado cincuenta pavos por rozarse contra una parte de mi cuerpo. Como si me hubiera querido sobar la espalda, el pecho o las piernas...

—Pero ha sido la polla —insistió molesta Lara.

—Un trozo de piel más que, en cada caso, solo importa lo que tú quieres que te importe... Mira, Lara, tú sabes que no soporto que me toquen las orejas pero, si se me planta delante alguien con un billete de 50 euros a cambio de tocármelas, ¿Crees que no le dejaría? Pues si es una circunstancia en la que encarta, yo decido cuánto rato y cómo van a tocarme las orejas por cincuenta euros. Quien quiera tocar, tendrá sus razones, yo pongo las condiciones.

—O sea que, si te enseña un billete de cien le dejas que meta la mano por debajo del tanga, ¿No?

—Que yo ponga las condiciones, no significa que no las consulte contigo. Y, de momento, no estoy haciendo nada que no habláramos en su día. ¡Lara!... ¿Qué te preocupa de verdad?

Lara se mordió los labios y no respondió porque no se atrevía aún a decir en voz alta el nombre de su fantasma. Y, lo mismo que se le vio el miedo en la cara, también se le vio el enfado en la mirada. Sabía que Raúl tenía razón y no podía recriminarle nada pero, por otro lado, el sentido de propiedad que tenía sobre aquella polla la llenaba de unos celos que justificaban su enfado.

—Son los gajes del oficio —continuó diciéndole Raúl—. Te encuentras con situaciones que requieren una respuesta especial y hoy, cuando esa mujer me ha enseñado el billete, he entendido que no iba a salirme gratis... Pero también sé hasta dónde estoy dispuesto a llegar y lo que valgo. ¿Que tengo que dejar que me soben la polla por cincuenta euros? Es buen precio si yo decido durante cuanto tiempo. Y, si te has fijado, no ha sido mucho precisamente... Lara... Es solo trabajo y yo decido hasta dónde. Sé que es delicado, pero no tienes que tener miedo. Te quiero a ti...

—¿Y seguro que no te ha gustado? Porque menudo paquetón había debajo del tanga.

—¡Desnúdate ahora mismo! —Raúl no dio opción a Lara y, conforme le dijo que se desnudara, se puso de pie y se desnudó él.

Lara tardó en reaccionar el par de segundos que Raúl necesitó para quitarse la ropa. Entonces, sin pensárselo dos veces, cogió a Lara del elástico del pantalón de su pijama y, enganchando también el tanga con los dedos, tiró de ellos. Lara estaba recostada sobre el sofá y la ropa le pasó sin problemas por debajo del culo. Cuando vio el ímpetu con el que Raúl estaba actuando, se dejó hacer.

Después de desnudarla de cintura para abajo, Raúl la cogió de las caderas para que se incorporara. Entonces fue él quien se sentó en el sofá y el que se encargó de dirigir a su chica para que le montara. Le embocó la erecta polla en el coño y, a los pocos segundos de roce, Lara comenzó a lubricar lo necesario como para que le fuera entrando a placer el pollón que la penetraba. Una vez bien clavada, Raúl comenzó a moverse lentamente para empezar a follar con su chica.

—Se pone dura por muchas razones, incluso por aquellas que no controlo —empezó a decirle—. Pero, cuando está reventona, solo quiere estar aquí dentro y siempre contigo.

Se mantuvieron la mirada mientras Raúl le contestaba y los segundos siguientes, en los que él la cogió de las caderas y siguió moviéndose pausadamente. Lara respondió empezando a batir el culo con la misma cadencia. Entonces Raúl le quitó la camiseta y hundió la cara contra sus tetas, que empezó a comerse apasionadamente.

Se dejaron llevar y echaron un polvazo magnífico sin cambiar de postura sobre el sofá: Ella cabalgándole y él sujetándola por las caderas y azotándola de vez en cuando. Fue uno de esos polvos que, por los gemidos de ambos, llegan a oídos y conocimiento de todos los vecinos de alrededor.

—¡Chilla, golfa!

—No dejes de Hacerme chillar entonces...

A ese nivel de complicidad se movían en sus polvos.

Del orgasmo se enteraron hasta en el garaje del edificio. Lara siempre se arrepentía de los gritos que daba después de correrse. No podía controlar ser tan escandalosa, que lo era, y luego le invadía el sentimiento de culpa que va encadenado a un miedo tan obsoleto y necesario de revisión como el “qué dirán”; Más aún cuando, los gemidos, son de mujer.

Pero siempre le merecía la pena el orgasmo, o los orgasmos, que se llevaba y las emociones que le producían. Y aquel acababa de ser un polvazo con orgasmo meritorio del peor de los

pensamientos que puedas imaginarte que sale de un “qué dirán”.

—Espera... No te la saques —dijo Raúl cuando recuperaron un poco el aliento—. Hay algo de lo que quiero hablar contigo y es mejor seguir como estamos...

Lara se preocupó porque aquello no era normal. ¿Por qué era necesario? ¿Qué le iba a decir? Sin dejar que se le saliera, se giró hacia su espalda para coger de la mesita su vaso de agua. El trago también le sirvió para respirar hondo, templarse y esperar a ver a dónde le llevaba aquello. Le ofreció agua a Raúl, bebieron, y, sin soltar el vaso, Lara aguardó a que Raúl continuara.

—Es solo tuya —dijo Raúl a continuación mientras, con el movimiento oportuno, le dejaba a Lara claro que estaba hablándole de la polla—. Siempre tuya y solo tuya, estoy enamorado de ti... Y ha surgido una circunstancia sobre la que tengo que tomar una decisión y quiero tomarla contigo. Tenemos que tomarla juntos. Y se refiere a... —volvió a realizar el movimiento oportuno—. Es delicado...

Raúl guardó un breve silencio esperando la aprobación de su chica, o su reacción, para saber si seguir hablando. Lara le pidió que continuara con un leve movimiento de barbilla.

—Los desnudos integrales en los pases privados del local están bastante bien ados. Ciento cincuenta euros más que con el tanga. Y empieza a parecerme moralmente aceptable. ¿Tú qué dices?

—¿Pueden tocarte? —fue lo primero que acertó Lara a decir.

—No... —Raúl guardó silencio un segundo y se acordó de algo que, no hacía mucho, le había preguntado Lara—. O, tal vez, solo en el caso de vea de propina un billete de cien euros. Si te parece un buen precio para un restregón más breve que el que ya has visto hoy.

Lara guardó silencio e hizo cuentas mentales rápidamente. Estaban hablando de, como poco, ingresar entre seiscientos y mil euros más al mes. Y eso era un dinero que se merecía un examen moral, desde luego. Aparte, claro está, del indiscutible debate emocional.

—¿Me estás hablando en serio? —le preguntó entonces a su novio.

—Tanto como para que solo se pueda hablar de ello conectados de esta manera.

A Raúl le volvió la erección. Y Lara lo notó.

—Tú quieres hacerlo —le dijo a su chico. Acababa de notárselo.

—Y que seas tú quien ponga las condiciones —respondió él. Y se le puso aún más dura.

Lara guardó silencio y se quedó quieta un instante. Quería pensar en el asunto pero tenía tantas preguntas en la cabeza que no sabía por dónde empezar. Afortunadamente, estaba ensartada por una polla lo suficientemente dura como para poder cabalgarla a placer. Así que empezó a batir de nuevo suavemente el culo y llamó al deseo para que entrara en discusión con el corazón.

—¿Puedo soportar que lo haga? —se preguntó—. Puedo soportar que lo haga —se respondió—. Es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera y, aún así, lo consulta conmigo. Eso es bueno y me dice que puedo confiar en él, por mucho miedo que me dé. ¿Que me lo da! ¿Quién no te dice a ti que, en una de esas, se encoña con una tía y me deja?... Bueno, no. Eso podría pasarle estando totalmente vestido. Así que ese no es el debate. La cantidad de ropa que él lleve no influye en su comportamiento, ¡pero sí en el de las lobas! ¿Y si no se puede resistir una noche a una?... ¿Puedo soportar vivir con esa incertidumbre siempre sobre la cabeza? ¿Quiero?

Sin dejar de cabalgarle, Lara por fin habló en voz alta de sus fantasmas.

—Me da miedo que empieces a follar por ahí y me termines dejando...

—Lo que yo tengo contigo va mucho más allá de las cositas que me haces... Follar, sabéis todas, pero lo que tú me aportas, eso es lo que llena mi vida. Ya te tengo, no tengo por qué buscarte por ahí. Ni tampoco quiero perderte.

El momento beso romántico de película se produjo inevitablemente. Se abrazaron mientras se comían la boca apasionadamente y Lara no dejó de cabalgar. Raúl volvió a armar totalmente la polla y empezaron a echar el segundo polvo.

Lara comenzó a comportarse más golfa de lo habitual. Tenías muchas armas de mujer para ser una auténtica leona, solo que acostumbraba a dosificarlas. Sin embargo, en este polvo, estaba empezando a usar más de las frecuentes. Primero separó su cuerpo todo lo que pudo del de Raúl y arqueó la espalda hacia atrás para quedar en el punto justo antes de empezar a dejarse caer.

—No olvides lo que te estás jugando —le advirtió a Raúl tras exhibirse durante varios compases—. Haz lo que quieras con tu putita...

Y se dejó caer hacia atrás obligando a Raúl a que la sostuviera por las caderas mientras se la clavaba a placer.

Tras correrse por segunda vez, tomaron la conversación por los cuernos y la trataron en profundidad. Lara aceptó los privados integrales, e incluso los sobeteos, en las condiciones propuestas inicialmente. Ambos estuvieron de acuerdo en que ni una boca le tocaría la polla, mucho menos un coño, y, en el caso de unas tetas, Lara prefería que no ocurriera pero aceptaba que podrían darse casos excepcionales.

—Espero que sepas calibrarlos como es debido y que me lo cuentes enseguida. Esto es un trago muy duro de confianza...

Lara tomó aire y, luego, terminó de hablar.

—Me da mucho miedo...

Después del segundo polvo loco, de múltiples posturas, habían cambiado de posición.. Estaban de pie, uno frente a otro. Raúl la cogió en brazos, sujetándola por el culo, y la levantó del suelo.

—Te propongo algo... Mañana mismo hago para ti el primer privado integral en el local. Y entonces decidimos qué hacemos ¿Te parece bien?

—¿Y por qué en el local mañana si me lo puedes hacer ahora aquí?

—Porque aquí te sientes a salvo, es tu zona de confort. Es mejor que lo conozcas en el lugar en que va a producirse: te transmitirá mucha más información para poder decidir... El espacio, las luces, lo que se ve o no se ve desde fuera... Incluso la diferencia que hay entre verlo sola o verlo con más gente...

—¡Ya lo sé, bobo! —respondió Lara bromeando ante la evidencia—. Pero que también me lo puedes hacer ahora aquí...

—Ponte cómoda...

Lara regresó al sofá y volvió a recostarse mientras que Raúl entró un segundo al dormitorio para vestirse. Al cabo de un par de minutos, que Lara aprovechó para levantarse y rellenarse el vaso con agua fresquita, Raúl salió del dormitorio vestido de calle y con el teléfono en la mano. Se situó en la parte más amplia del salón y pulsó el play. En el móvil empezó a sonar “Simple irresistible”, de Robert Palmer y comenzó el espectáculo.

Mientras le veía bailar, Lara recreó mentalmente su propia sala privada de stripteases. Era un cubículo de algo más de tres metros de lado que tenía en el centro un pequeño escenario circular al que rodeaba un sofá acolchado corrido con pasamanos encima del cabecero cuya circunferencia solo se interrumpía en una pequeña porción, que era el paso por el que se accedía al cubículo desde el exterior. Imaginaba la pared trasera hasta el techo y, las laterales, cerradas solo desde atrás hasta la mitad. De la mitad para adelante, como la de enfrente (por donde se entraba al cubículo), eran cortinas lo que caía desde el techo. La del frente, además, también tenía unos

visillos de gasa semi transparentes.

La luz tenue del cubículo provenía de tres lámparas distintas: una en el techo y dos en la paredes laterales. Eran fijas, pero la luz de colores del resto del local que se colaba por los visillos, le daba vida al espacio. En lo musical, al principio Lara pensó que, cada cubículo, tenía su propio hilo musical pero, cuando se imaginó el follón de canciones distintas sonando a la vez en un local con varios privados, creyó más necesario un solo hilo musical común para todo el local.

—Y suena ahora “simple irresistible” a cuenta del pase privado que comienza en el cubículo cinco —radió el DJ imaginario que Lara acababa de inventarse para meterlo en escena—. Se me va la olla... —pensó a continuación.

Raúl seguía bailando y quitándose la ropa con una coreografía la mar de sugerente, morbosa y excitante. La verdad es que se le daba muy bien y tenía un gracejo muy natural para hacer estas cosas. Lara le miraba y se imaginaba la escena en el cubículo: Con Raúl sobre el pequeño escenario y ella acomodada sobre el sofá circular, en la misma posición en la que se encontraba en ese momento; Con las piernas flexionadas y abiertas, una contra el respaldo y otra sobre el cojín, y acariciándose la entrepierna.

Se imaginaba vestida, con minifalda y camisa pero sin ropa interior. Con el coño expuesto a la pared de los visillos pero protegido de la visión desde el exterior porque se interponía la silueta de Raúl, quien sí que se lo veía. E, imaginando la situación mientras su novio seguía haciéndole el striptease, se imaginó desabrochándose la blusa y abriéndola, tetas que sí que podían verse desde el exterior, mientras no dejaba de acariciarse.

—Este cabrón las va a poner muy perras —pensó.

Inevitablemente sintió la necesidad de imaginar cómo sería ese “momento lobas” para tratar de recrear lo que sentiría si lo viera. Entonces, también inevitablemente, Lara se vino a acordar de su mejor amiga.

—¡Madre, mía! ¡Paula!

A la hora de pensar en serio en la propuesta del privado que le había hecho Raúl, Lara no se imaginaba rodeada de desconocidas, se imaginó con su amiga a su lado. Era ideal para ver cuánto controlaba Raúl y cuánto le afectaba a ella misma: Las emociones que le despertaran las reacciones de su mejor amiga eran una buena experiencia para conocer sus propios límites. Muy dura, pero muy buena.

—Espero que se apunte —pensó.

Entonces a Lara la imaginación se le volvió a poner en funcionamiento y, viendo bailar a su novio, le empezaron a apetecer las ganas de verse los tres en situación. Le fue dando morbo que ocurriera y se fue calentando.

—¿Por qué mañana si, mañana, no trabajas? —le preguntó a Raúl.

—Para resolverlo cuanto antes y no tener que pensarlo más. Para que deje de ser una preocupación que nos hiera.

—¿Y eso cómo se pide? ¿Se lo dices tú a tu jefe o tengo que contratarlo yo como clienta?

Después de un oportuno paso de baile en el que Raúl se quitaba los pantalones, se acercó a Lara y le dio una tarjeta que llevaba en el tanga.

Lara le echó un vistazo, aunque ya la conocía. Llevaban el nombre y una foto del stripper y un teléfono de contratación propiedad del local. Junto al resto de información de contacto, se incluía una lista con los servicios que el stripper ofrecía. En la de Raúl, con letra de imprenta, ponía bailarín de sala pero, además, a boli él había añadido bailarín de sala privada y bailarín integral

de sala privada. Ella sonrió mientras le miraba el paquete que abultaba bajo el tanga.

—¿Te importa si mañana salgo y me voy a ver a un stripper del que me han hablado muy bien? —preguntó Lara.

—Me encantaría poder ir contigo —le respondió Raúl—. Pero, seguramente, me salga trabajo para mañana. No te molesta, ¿Verdad?

—Lo estoy deseando...

Lara se metió dos dedos en el coño mientras lanzaba al aire un mordisco como si soñara con trincar paquete. Coincidió con el momento en que Raúl se quitó el tanga y que aprovechó para, en el siguiente paso, ponerle la polla a la altura de la boca para que la trincara bien.

Raúl no estaba totalmente erecto sino que, por el contrario, mantenía un aparente y apetecible estado de amorcillonamiento sostenido por un anillo. Era la primera vez que Lara veía a Raúl con un anillo de esos puesto y le resultó excitante.

—Aquí hay material de profesional —pensó.

—Mañana no podrás hacer esto —le dijo Raúl a media voz.

Y Lara, completamente feliz, abrió la boca todo lo que pudo, se la llenó de polla y empezó a hacerle una mamada de padre y muy señor mío mientras no dejaba de masturbarse.

Tercer orgasmo para ambos. Lara se tragó debidamente la corrida de su novio y le relamió la polla para disfrutar del jugo hasta su último resquicio. Aparte, con la mano, se disparó también el clítoris. Ella se corrió dos veces.

Se levanto del sofá al terminar y orientó su cuerpo desnudo hacia el cuarto de baño.

—Mañana te digo si salgo o no salgo. Ahora pipí y a la cama. ¿Recoges tú?

Raúl sonrió de felicidad. Le enternecía esa vuelta a la realidad tan cálida aunque aparentemente fría. Sentía que lo estaban haciendo bien. Apagó la tele, se llevó los trastos a la cocina y esperó a que Lara saliera del baño para entrar él. Apenas cinco minutos después en la oscuridad de la casa solo se escuchaba el canto de los grillos.

A la mañana siguiente, sábado, Raúl salió de casa para hacer unas compras relacionadas con su afición a la informática y Lara aprovechó para quedar con Paula para contarle todo lo que tenía que contarle.

—A ver cómo le digo que quiero que termine de ver a Raúl en bolas...

Desayunaron juntas y hablaron largo y tendido sobre el asunto. Paula entendía la relación que tenían Lara y Raúl y sabía que se estaban haciendo las cosas bien. Igual ella no tenía claro si sería capaz de llegar con una pareja a los límites por los que se movían Lara y Raúl pero, sin embargo, era capaz de darle esos mismos límites a la relación de su mejor amiga y saber que eran buenos.

Y, sobre lo de ver un striptease integral de Raúl, Paula tenía también su opinión.

—Te acompañé ayer, que me necesitabas. Si hoy también me necesitas, cuenta conmigo.

Lara abrió su cartera para sacar la tarjeta que le había dado Raúl. Se quedó mirándola.

—Tía —dijo—, qué palo me da llamar.

—Prueba con el WhatsApp a ver... —respondió Paula conforme le vino a la mente.

Aunque no era la respuesta que esperaba, le pareció mucho mejor. Lara se liberó de un plumazo de la tensión de mantener una conversación de ese estilo con un desconocido. Memorizó el número en agenda, actualizó los contactos del servicio de mensajería y, tras comprobar que tenía foto de perfil y que, en el estado, daba opción a contacto por mensajería, se quedó pensativa.

—¿Cómo empiezo? “¿¡Hola! Quiero contratar un stripper?”

—Seguro que puedes hacerlo un poquito mejor —le respondió Paula.

Lara terminó por establecer contacto con la persona que atendía el WhatsApp del negocio y

fueron acotando lo que se estaba pidiendo: La cliente, que dijo llamarse Paula, quería un pase privado integral (que tenía un precio de 230 euros) para dos personas del bailarín Raúl B.Z para esa misma noche.

—Raúl no ofrece ahora mismo ese servicio —recibió como respuesta—. ¿Puedo sugerirle otro bailarín?

—¡¡No!! ¡¡Convénzale!!

—¡Tía! —dijo Paula echándose a reír—. ¡Cómo se te ha ido la olla!

Se quedaron mirando la pantalla del móvil y, cuando comprobaron que su interlocutor no respondía, se miraron y se echaron a reír de nuevo, esta vez a carcajadas. Ya sabían lo que estaba pasando.

—A ver lo que tarda Raúl en llamarme...

Efectivamente, al cabo de cinco minutos Lara estaba recibiendo la llamada.

—Así que, Paula, ¿No? ¿Qué has liado que me ha llamado mi jefe muy cariñoso para convencerme de que acepte el pase?

—Le he dicho que te convenza. Y que estaba muy interesada en que fueras tú.

—Pues debes parecerle un buen negocio porque me ha insistido mucho y hasta tengo la sensación de que me ha dado la opción de negociar...

—Pues no te vengas muy arriba, que esto vas a arlo tú.

—Voy a apretarle a ver... Todo lo que te diga entre doscientos treinta y doscientos cincuenta estará bien. Si te dice algo que no esté por ahí... —se lo pensó mejor—. No, no creo que se atreviera... Pero bueno, si te dice algo que esté por encima de ese precio, no lo aceptes.

Colgaron y Lara aprovechó para contarle a Paula mientras esperaban la respuesta desde el local. Estaban pasando un rato súper divertido que se prolongó durante un buen rato más hasta que, rozando las agujas del reloj las dos de la tarde, se despidieron para volver a verse apenas unas horas después. Habían cerrado el pase privado del stripper Raúl B.Z. con desnudo integral.

—¿Y qué ropa nos ponemos? —preguntó Paula.

—¿Te atreves con ropa de ponerle nervioso?

—¡Hecho!

Y, con un par de besos, se despidieron.

Lara subió a casa y Raúl ya había llegado. Cuando sintió abrirse la puerta asomó desde la cocina hacia el pasillo.

—¿Qué te parece?

—Cuatro copas, botella de champán y un pase privado con dos bailes y desnudo integral y el reservado una hora y media para nosotras por doscientos cincuenta pavos está bastante bien. ¿Qué te llevas tú?

—Doscientos...

—Entonces está de puta madre.

—¿Reserva para dos? ¿Te llevas a Paula?

—Sí. Y hemos quedado en que vamos a vestirnos para ponerte nervioso.

—¿Ahora te pone que me zorree tu amiga?

—No exactamente. Lo que me pone es zorreararte con mi amiga, a ver cómo te comportas y lo que puedo fiarme de ti.

Sin embargo, en ese momento, ambos se dieron cuenta de que Lara también estaba sufriendo una transformación que, aparentemente, la estaba volviendo más desinhibida.

—¿Está la comida hecha? —dijo Lara cambiando el tercio con esa habilidad suya tan

particular que volvió a hacer sonreír a Raúl.

Hablaron lo justo del asunto durante el rato que estuvieron juntos. Se les notaba una cierta tensión y ambos lo sabían. Pero era como una pequeña pila necesaria para hacer funcionar la experiencia que iban a vivir poco después en el local. Tal vez era incómodo hablar de Paula, o de lo profesional que tenía que ser Raúl y lo que ello implicaba... Se iba a resolver solo, así que no tenía por qué ser una preocupación.

Él se marchó el primero. Había aprovechado lo de trabajar en sábado para apuntarse a uno de los pases en escenario y tenía uno temprano. Ya aprovechaba y se quedaba en el local. Lara, por su parte, también salió temprano pero en otra dirección: se fue a casa de Paula. Habían optado por arreglarse juntas antes de salir.

—Podemos ser las “puti inspectoras”...

Paula hacía todo lo posible por quitarle hierro a la preocupación de Lara.

—¿Sabes? Creo que no va a servir de nada lo de esta noche... Porque, aunque estés con las bromas, al final te vas a medir y a cortar, ¡Y Raúl también!, y, al final, esto no va a ser real. Siento que me voy a seguir quedando con la duda...

—Podemos irnos antes para tener tiempo suficiente como para hacer una amiga. Alguien que no sepa qué está pasando realmente y que se comporte como lo que somos: perfectas desconocidas. Así que ya no tenemos que ser las “puti nada”.

—¡Porque tú lo digas! —protestó Lara bromeando y sonriendo.

Así que, al final, las dos coincidieron en combinar medio tacón con minifalda y blusa abotonada y, tras cenar de cañas y tapas, se fueron con tiempo al local para buscar a su víctima. Eran las once menos cuarto de la noche cuando, la maître, las acompañó a una mesa cerca del escenario tras confirmar que, para las doce, tenían reservada una sala privada.

Echaron un primer vistazo a su alrededor, reconociendo la situación. Había un par de despedidas de soltera, un par de grupos de amigos, todos hombres, otro grupo de tres chicos y dos chicas y ellas. Aún quedaba alguna que otra mesa libre, sobre todo en tercera fila. Ellas estaban en segunda.

A las once hubo un pase de escenario. Primero un grupo de hombres, entre los que estaba Raúl, y después otro de mujeres. Las vio allí sentadas, claro. Y mantuvo la compostura. De hecho, volvió a comerse el escenario y consiguió levantar a varias mujeres de sus asientos. Entre ellas, a las propias Lara y Paula.

—Estás bastante más relajada que ayer. Eso es bueno, ¿no?

—Yo diría que sí. Esta parte ya la controlo...

Ese había sido ya el segundo striptease en pista que Lara le había visto hacer a Raúl. Ya no sorprendía. Lo que estaba por venir era lo que le preocupaba pero, por otro lado, reconocía tener una actitud mucho más relajada y positiva de lo que ella misma se imaginaba; Encontraba más diversión que preocupación en la experiencia a pesar de saber que se trataba de un asunto serio.

La charla les sirvió de excusa y argumento para escudriñar a las diferentes chicas que había en el local para saber si alguna de ellas podía ser la víctima perfecta. Y, al final, la candidata terminó por presentarse sola.

Ocurrió que Raúl salió de camerinos para ir a saludar a las chicas y estuvieron hablando apenas un par de minutos antes de que volviera a perderse tras la puerta del backstage. Al poco de que Raúl se fuera, una chica se les acercó para preguntarles si le conocían. Ellas lo negaron y utilizaron como coartada para justificar ese saludo el hecho de que tenían contratado un pase privado suyo para luego. Y así, rodadas, unas cosas fueron llevando a las otras y, al final, su plan

les dio resultado y encontraron a la víctima perfecta: una desconocida que, por las cosas que había dicho, iba a disfrutar mucho de un striptease integral de Raúl.

Un poco antes de medianoche la maîtresse se acercó a las chicas para llevarlas a su reservado. Al preguntarle si había algún problema en que, en vez de dos, fueran tres, ella les dijo que no. Así que se levantaron de la mesa y la siguieron.

Al fondo del local, en una esquina sobre una plataforma levemente elevada, se abrían contra la pared del rincón tres cubículos bastante parecidos a los que Lara había recreado en su fantasía de la noche anterior. Los tres eran circulares, con pequeña plataforma central y sofá corrido alrededor, pero no estaban separados por ladrillo por ninguna parte. Por el contrario, los tres preservaban su intimidad con el doble juego de cortinas y visillos que Lara también había imaginado.

Echaron totalmente las cortinas, Lara quería ver la cara que ponía Raúl cuando entrara y, en vez de a las dos, se encontrara con que había una chica más. Alguien a quien no se esperaba y a la que no conocía. Durante la hora y media que las chicas tenían inicialmente para usar el reservado, podían repartir los dos bailes del stripper: en el primero se quedaba en tanga y, el segundo, era el integral. Al hacer la reserva habían establecido que el primero fuera al llegar, a las doce, y, el segundo, tres cuartos de hora después.

Efectivamente Raúl se quedó a cuadros al entrar en el reservado y encontrarse con otra mujer más. Cruzó una mirada instantánea con Lara.

—¿Qué está pasando aquí? —se leyó en sus ojos.

—Tú a lo tuyo —respondieron los de Lara.

El primer pase privado cumplió su objetivo. Raúl hizo lo que tenía que hacer y les ofreció a las chicas un espectáculo digno de sus cualidades, la amiga nueva desfogó satisfaciendo las dudas de Lara y, la propia Lara, también se relajó lo suficiente como para desmelenarse un poco y jugar en secreto con su chico. A parte, también para dejarle a las chicas tema de conversación para un buen rato: uno de algo menos de cuarenta minutos hasta que llegara el segundo pase.

—Me lo follaba sin pensarlo.

—Y yo —respondió Lara—. Tú eres la que ha estado más paradita —se dirigió entonces a Paula—. ¿Es que no te ha gustado?

A cubierto de la mirada de la descocida, Paula atravesó a Lara con un “¡Tía! ¿¡Qué haces poniéndome en evidencia!?” que captó de inmediato.

—Pregúntaselo tú —le dijo entonces Lara a la amiga nueva—, que parece que a mí no quiere contármelo.

Y la otra, claro, le preguntó entusiasmada. Estaba flipando todavía.

—¿¡De verdad no te ha gustado!?

Paula tuvo solo unas milésimas de segundo para aceptar que “tenía que mentir diciendo la verdad” para mantener el juego en marcha. Si algo tenía claro, es que Lara no tenía intención de detenerlo, así que debía seguir siendo la mejor amiga y estar de su parte aunque eso supusiera ponerse “en otra evidencia” que le preocupaba. Si no quería contarle a la nueva amiga por qué había estado seria durante el baile y qué era lo que estaba pasando allí, entonces tenía que cubrirlo contándole las virtudes que, ella también, había visto en Raúl y sus cualidades. A Paula no le hacía gracia tener que insinuar siquiera que, el novio de su amiga, le ponía cachonda.

Pero cuarenta minutos de charla fueron suficientes para muchas cosas. El ambiente que las embargaba era morboso y las tres lo sentían. Así que, poco a poco, Paula fue desinflando su fantasma cuando, tras los primeros comentarios, comprobó que Lara no reaccionaba mal a sus

comentarios picantones sobre Raúl. A los veinte minutos Paula ya reconocía abiertamente que se había quedado hipnotizada con el bulto “de pollón impresionante” que se le marcaba en el tanga.

Las chicas estaban venidas arriba y desinhibidas. A Lara le resultó morboso jugar con las cortinas y, tras abrirlas frontalmente a la zona del escenario (que lo veían desde detrás en diagonal), la recorrió un poquito más para que, desde el reservado contiguo, pudiera verse, si es que ellos también decidían descorrer su propia cortina. Las otras dos no ponían pegas.

—¿Le enseñamos carne a ver qué hace? —propuso la desconocida.

—¿Cuánta carne? —reaccionó de inmediato Lara.

—Pues...

La perfecta desconocida miró su reloj para saber cuánto faltaba antes de que Raúl volviera para hacer su segundo pase privado. Tenían cinco minutos. Se acomodó en el sofá y se quitó el tanga. Llevaba una falda larga de vuelo que, al sentarse, supo colocar adecuadamente para que dejara al aire media cache y la evidencia de que no llevaba ropa interior. Dejó el tanga sobre el sofá justo al lado. A continuación se desabrochó un par de botones de la blusa que llevaba y pasó a exhibir un generoso escote que presidía un notable canalillo sostenido por un sujetador negro de encaje.

—¡Menuda loba! —pensó Lara mientras asimilaba lo que estaba pasando.

—Así de carne me parece bien —terminó de decir la perfecta desconocida.

Lara fue detrás por inercia, como tratando de defender su titularidad y exclusividad sobre la polla que las estaba poniendo así de juguetonas. Aquella polla era suya y solo suya.

También se quitó el tanga y se remangó levemente la minifalda al volver a sentarse. Buscó la postura para exhibir el coño a voluntad y, luego, se quitó también el sujetador y se soltó otro par de botones de su blusa. Paula, por su parte y en vista de lo que había, se animó con lo de remangarse la minifalda y abrirse un par de botones, pero se dejó la ropa interior puesta.

Como era de esperar, Raúl volvió a quedarse a cuadros cuando regresó al reservado para hacer su segundo pase. Si ya venía nervioso al ir a enfrentarse a su primer desnudo integral en aquellas circunstancias iniciales, cuando vio que, en el reservado, su mujer y sus amigas se habían convertido en tres lobas peligrosas, se le fue un color y se le vino otro. En micromillonésimas de segundo sintió pudor, miedo, morbo, inseguridad, valentía, coraje y valor y volvió a tomar el toro por los cuernos. ¿Eso era lo que querían? Pues él también sabía jugar a ese juego.

Chorrearon las tres. Los siete minutos y pico de la versión del “you can leave your heat on” con que se desnudó Raúl, les desató la libido. Mientras él iba quitándose la ropa habían pasado cosas como que la perfecta desconocida se desabrochara por completo la blusa y, por la cinturilla de la falda, colara una mano con el firme propósito de masturbarse; Que, deliberadamente, Lara colocara las piernas de manera que le pudiera ver el coño todo el que estuviera cerca del reservado y también se lo sobeteara con la mano; Y, de remate, que hasta Paula también se desinhibiera lo suficiente como desabrocharse por completo la blusa para acariciarse el vientre y el pecho.

El último paso de la coreografía era, estando ya completamente desnudo y con la polla cubierta por el sombrero, pasar de una postura de cuclillas a otra de rodillas en la que corriendo se ponía el sombrero en la cabeza, estiraba las brazos hacia abajo y miraba al cielo, como si se estuviera entregando. Y, al caer de rodillas, le plantó a Lara la polla frente a la cara. Ella, con el calentón que había cogido, no dudó en abalanzarse hacia adelante y metérsela en la boca. Conocía las bondades de esa polla y estaba loca por jugar con ella.

Sin embargo Raúl lo impidió de inmediato. La sostuvo de la barbilla y se echó para atrás. De

un salto volvió a ponerse de cuclillas, sin dejar de mirarla, y con toda la educación del mundo, primero le pidió disculpas, y después le dijo que no hacía ni permitía ese tipo de comportamientos. Fue, además, la excusa perfecta para salir del reservado en seguida.

Lara se quedó fuera de juego.

—Pues ¡Ole tu coño! —la perfecta desconocida rompió el silencio que se había prolongado hasta muchos segundos después de que Raúl se marchara—. Yo habría hecho lo mismo...

Lara estaba totalmente desorientada. Por un lado, se moría de vergüenza por haber protagonizado aquella escena, sobre todo por lo que pudiera pensar la desconocida. Pero, por otro, también se moría de vergüenza consigo misma: no entendía cómo podía ser tan sueltcita a pesar de los miedos que tenía y tampoco le hacía gracia eso de verse tan atrevida y despreocupada. No se reconocía. Pero es que, además, tampoco tenía muy claro cómo le habría sentado aquello a Raúl y estaba realmente preocupada.

Preocupada, y en un aprieto: porque no podía hablar en ese momento del tema o la desconocida descubriría el pastel. Así que había que seguir con el juego, por difícil que le pareciera en ese momento.

No es necesario reproducir las burradas que se oyeron en la charla que se mantuvo a continuación, basta con que sepáis que, lo más suave, era follar allí mismo. Y no lo decía Lara precisamente.

A los pocos minutos, completamente vestido, Raúl volvió a aparecer en el reservado para despedirse de las chicas.

—No le des más importancia de la que tiene —le dijo a Lara—. Seguro que mañana ya habrás encontrado razones más que suficientes como para entender que ha sido una tontería sin importancia. Estate tranquila... ¡Chao, chicas! Un placer...

Ellas se quedaron un rato más en el local. Apuraron su botella de champán y su hora y media de reservado. Luego continuaron un cuarto de hora más en la barra y, finalmente, se despidieron no sin antes intercambiar los teléfonos.

Esa noche todo el edificio volvió a enterarse de los cuatro polvazos que Lara y Raúl echaron cuando ella regresó a casa. Hablaron abiertamente de cómo había ido la experiencia en el local mientras follaban apasionadamente. Se comunicaban y conectaban de una manera única. Era abrumadora la salud que gozaba su relación sentimental.

Y, de verdad, qué manera de follar. ¡Lo que os imaginéis! ¡Lo hicieron!

Lara apoyó a Raúl para que hiciera los integrales y, al cabo de unas semanas, el asunto ya no despertaba ninguna inquietud y la economía doméstica se incrementaba felizmente. Seguía trabajando las noches de los viernes y, por norma general, se cogía un par de stripteases en grupo y un integral privado. Dos, en un par de ocasiones en la misma noche.

Su vida sexual también había mejorado. Cada viernes, cuando Raúl llegaba de trabajar y le contaba a Lara las anécdotas de la noche, terminaban poniéndose tan cachondos que el polvo era inevitable. Lara incluso había comenzado a ver porno por Internet y, los últimos dos viernes, ya estaba desnuda y cachonda antes de que Raúl entrara por la puerta de casa.

La segunda noche, nada más llegar del trabajo y encontrarse a Lara desnuda y cachonda, Raúl se desnudó enseguida, la levantó del sofá, se sentó él, la guio para que se le sentara encima y le cabalgase, Exactamente en la misma postura que la primera vez que hablaron de cuestiones sexuales acerca del trabajo de Raúl. Y, cuando habían comenzado los leves movimientos de cadera y se estaban mirando a los ojos, él le dio una mala noticia.

—Tenemos que hablar de Saavedra... Y es serio...

¡Polvazo inolvidable!

\*\*\*

—¿Qué pasa con Saavedra?

—Que quiere contratarme para un show a domicilio.

Lara se quedó boquiabierta al escuchar la respuesta de Raúl. Seguía montada sobre él, sintiendo su polla llenándole el coño después del polvo que acababan de echar y sin saber qué decir. Era la primera vez que escuchaba eso del show a domicilio y, con todas las barbaridades que se le pasaban por la cabeza al imaginar cómo podría terminar un espectáculo de ese tipo, lo que más la desconcertaba, enfadaba, preocupaba y hasta excitaba, era que el nombre de Saavedra entrara en la ecuación.

Eva Saavedra era una ex de Raúl, una de las que dejan resaca. Y Lara, además, también tenía su propia historia con ella. Una mala historia.

—Cuéntamelo desde el principio —le dijo Lara a su novio con un tono que oscilaba entre el cabreo y el desconcierto.

—Estaba en el camerino, cambiándome de ropa para venir ya para casa, y ha entrado David —el dueño del local donde trabaja Raúl— para hablar conmigo. Y me llega y me dice que si quiero subir de nivel y ganar más dinero. “¿Cómo?”, le pregunto. Y me dice que haciendo shows a domicilio, que hay una tía muy interesada en contratarme y que es una oportunidad cojonuda para ganarme un dineral.

—¿Un dineral?

—Quinientos pavos por menos de una hora de curro...

Se hizo el silencio mientras se sostenían la mirada. Raúl, que agarraba a Lara de los cachetes, empezó a hacerle caricias amasándole el culo con las manos.

—Me he quedado callado cuando me lo ha dicho. Es un pastón pero me han asaltado mil preguntas y, al final, para ganar tiempo, le he dicho que tenía que pensármelo. Evidentemente es algo que primero tengo que hablar contigo. Y, entonces, ha empezado a insistirme... Me coge y me dice que no tengo que pensarme nada, que ojalá tuviera él la suerte que tengo yo de que las tías me busquen como me buscan, que si, a parte del dinero, voy a tener la oportunidad de follarme a la pava que me busca y a toda una despedida de soltera...

Esas últimas palabras de Raúl molestaron a Lara que, de inmediato, se apartó sus manos del culo y le descabalgó para volver a sentarse en el sofá visiblemente mosqueada.

—¡Lara, yo tampoco quiero! —suplicó Raúl en un tono bastante convincente—. Y no me ha hecho ni pizca de gracia que David haya intentado convencerme tirando de ese argumento. Bastante al límite llevo mi trabajo en los pases privados en el local, a pesar de que tú y yo lo hayamos acordado, como para permitir que se me atribuya una condición que, para nada, soy yo.

—Sí, ya... —Ya no había desconcierto en el gesto de Lara, solo cabreo—. Pero resulta que es Saavedra y, entonces, la cosa cambia. ¿No?

—No, no cambia. Pero se vuelve tan trascendente como para contártelo de inmediato.

—¿Y por qué te quiere precisamente a ti? ¿No estaba en Londres? ¿Cómo se ha enterado de que eres stripper?

Raúl respiró hondo y cogió a Lara de las manos.

—Lo que voy a decirte ahora no es un reproche...

—Mal empiezas si pretendes echarme la culpa a mí —le interrumpió Lara, cada vez más cabreada.

—¿Me dejas que te cuente? Lara, por favor, que esto no es fácil para mí tampoco.

Lara no podía quitarse de la mente las mil escenas sexuales que, en ese momento, estaba imaginando entre su novio y Saavedra. Sabía que Raúl y Saavedra habían follado mucho y muy alocadamente: el polvo en medio de la pista de baile de una discoteca de Salou era su peor fantasma, pero no el único. También estaba aquel otro contra la Giralda o las incontables ocasiones en las calas naturistas de Almería. Mentar a Saavedra era nombrar al mismísimo diablo.

—Saavedra me ha jodido dos relaciones —protestó Lara—. No voy a permitir que tú seas la tercera. ¡Ni de coña! Esa zorra parece que me persigue, ¡joder! Y, encima, con el currículo que tenéis... ¡Ni loca!

Raúl no se lo pensó dos veces y tiró de Lara par levantarla del sofá con el firme propósito de que volviera a sentarse sobre él para montarle. Lara se resistió inicialmente pero, al final, claudicó y le montó. Esa posición en el sofá era la garantía de la sinceridad que se dedicaban y, ante la dulce insistencia de Raúl, comprendió que tenía que darle ese voto de confianza.

—A ver ese “no reproche” de qué va —dijo Lara finalmente.

—¿Cómo se llamaba la tía aquella que estuvo contigo y con Paula la noche que os hice el privado en el reservado del local?

—Cinthy —respondió Lara—. ¿Qué pasa ahora con ella?

—Que es amiga de Saavedra —respondió Raúl.

A Lara le cambió entonces la cara. Recordó cómo terminó aquel striptease y, sin tenerlo del todo claro, empezó a ser capaz de imaginar cómo podrían haberse desarrollado las cosas hasta llegar el punto en el que estaban.

Aquella noche, como recordaréis de la primera parte de esta historia, Lara no pudo contenerse y, en el reservado, no dudó en tratar de comerse la polla de Raúl delante de su amiga Paula y la susodicha Cinthy cuando él terminó con su desnudo integral. Así que supuso que Cinthy le contaría la experiencia a su amiga Saavedra y que, de alguna manera, sabiendo lo que le va la marcha a esa zorra, Saavedra habría terminado por enterarse de que el stripper era Raúl.

De manera que, efectivamente, fuera lo que fuera lo que iba a contarle su novio, no era un reproche.

—¿Cómo sigue la historia? —preguntó Lara entonces dejando que se le relajaran los músculos vaginales.

—Volvemos a la conversación con David de esta noche —respondió Raúl—. Empieza a decirme que la tía que quiere contratarme insiste en que quiere que sea yo el stripper y, para coaccionarme, me dice que cuando hice mi primer pase privado la tía que me contrató también insistió mucho y que yo acepté.

—Si lo llego a saber no insisto tanto —protestó Lara recordando que fue ella misma la que le insistió a David como parte del plan que había trazado con Raúl.

—Pues, me coge David y me dice: “No querías entonces y mira que bien te va. ¿Por qué no pruebas también ahora?”. Y, claro, en aquella ocasión yo sabía que eras tú quien me reclamaba pero, ¿ahora? ¿Quién viene a buscarme ahora y para algo que no hago? Así que le he preguntado. Y me dice “Eva Saavedra se llama”. A David ese nombre no le suena de nada, claro. Pero, en cuanto lo he oído, he supuesto que se trata de ella. No sé cuántas Evas Saavedra habrá en el mundo pero, que insista en que sea yo el stripper que quiere y lo haga con tanta insistencia como

quería venderme David, solo puede haber una. Así que he disimulado para que David no sospeche que aquí había gato encerrado y le he tirado más de la lengua para que me contara todo lo que hubieran hablado y, al final, he podido atar cabos. Me dice que Saavedra le ha dicho que ha oído hablar mucho y bien de mí y que una amiga suya lo flipó tanto que estuvo a punto de no poder contenerse y lanzármese encima una noche en un pase privado, pero que se le adelantó otra tía que me comió la polla antes. Por eso me ha tentado con lo de que, si hago el trabajo, encima puedo hartarme de follar.

Lara se puso colorada al descubrir que David sabía lo de la “mamada interruptus”. Luego se relajó un poco al acordarse de que, afortunadamente, el jefe no sabía quién era ella ni la relación que tenía con Raúl.

—¿Sabía ya David lo de que te quise comer la polla o se ha enterado por ella?

—Se lo conté yo el viernes siguiente. ¿No te acuerdas que te lo conté?

—¡Ah, sí! —reaccionó Lara al recordar aquella conversación—. Porque sospechas que hay cámaras en los reservados y que David lo oculta.

—Exacto —añadió Raúl casi de inmediato—. Para que viera que soy legal y que me tomo el trabajo muy en serio.

—¿Y cómo has relacionado a Cinthya con Saavedra? Porque, aunque acepte que ella puede ser muy insistente si te ha descubierto, eso no las relaciona.

—Pero su teléfono sí... Aprovechando que David sabe que voy de legal, le he dicho que si me podía dar el teléfono de “esa Eva Saavedra” para hablar personalmente con ella y que me cuente lo que quiere y me lo ha dado.

—¿¡Es que aún tienes su teléfono en el móvil!? —Lara volvió a ponerse seria.

—¡Como para no tenerlo! —respondió Raúl—. Así puedo no contestarle si algún día dijera de llamarme.

Raúl se sabía de memoria el teléfono de Saavedra. Hay personas de las que, por mucho tiempo que pase, no olvidas ni su DNI. Sin embargo aquella respuesta era real y sincera y a Lara le pareció lógica. Se calmó de nuevo.

—¿La has llamado?

—No. Primero tenía que contártelo.

—¿La vas a llamar?

En los segundos que duró el silencio que se hizo a continuación, Lara sintió en su interior como la polla de Raúl pasaba de morcillona a palote. Se ofendió.

—¡¡Quieres verla!!

Fue a hacer el ademán de descabargarle, pero Raúl se lo impidió sujetándola fuertemente de las caderas.

—Una despedida de soltera es siempre un desmadre, Lara. Perdóname si la polla me reacciona al imaginar a un puñado de lobas desinhibidas... Eso es lo que me espera detrás de la llamada a Saavedra. ¡Y me asusta mucho! Si estamos como estamos ahora mismo, si quiero que sepas que soy sincero con todo mi ser y con toda la verdad de mi cuerpo, erecciones involuntarias incluidas, es porque solo te quiero a ti y solo quiero hacer el amor, ¡o follar!, contigo. Ya lo sabes... Lo que yo tengo contigo va mucho más allá de las cositas que me haces.

De nuevo se hizo el silencio mientras se sostenían la mirada. A pesar de las dudas e inseguridades que aquella erección le provocaban, Lara sabía que había sinceridad en las palabras de su novio. Así que, cuando aceptó que sabía que las pollas tienen vida propia, empezó a batir el culo apretándolo firmemente sobre Raúl para que no olvidara lo que estaba en juego si,

en algún momento, él optaba por engañarla.

—¿Sabes lo que te juegas si me mientes, verdad?

—Así como tú sabes que solo tienes que decirme que deje el trabajo para que me parezca buena idea..

—Fóllame en la terraza —susurró Lara entonces con lascivia.

Le descabalgó, se puso de pie y no dejó de mirarle pícaramente hasta que llegó a la puerta de la terraza, que estaba al lado del sofá. Entonces fue que miró a la puerta, la abrió y salió al exterior.

Sabía perfectamente lo que hacía y por qué lo estaba haciendo. El miedo a que Rubén quisiera recuperar el sexo al aire libre porque ya lo tuvo con Saavedra, la empujaba a ofrecérselo ella también aunque nunca antes lo hubiera hecho o aunque tuviera pudor y rechazo a hacerlo. Se atrevía a probarlo para decidir si le compensaba el sacrificio.

Raúl, por su parte, adoraba de Lara que, en realidad, siempre era más fuerte que sus propios miedos. Sabía que, para Lara, ese mecanismo funcionaba con el miedo. Y él veía cómo, en realidad, funcionaba por el valor. Y, cada vez que estas cosas pasaban, disfrutaba viéndola hacer las cosas, a sus formas, y a sus tiempos.

Por eso permaneció en el sofá mirándola feliz hasta un poco después de que Lara saliera a la terraza.

Estaba de pie, estilizada y con las manos apoyadas sobre el pasamanos cromado de la baranda de cristal sopesando las vistas. La madrugada del viernes al sábado apenas estaba comenzando y las quince terrazas que se repartían en las cinco plantas del edificio de en frente estaban aadas. Aunque conocía las rutinas y sabía que era bastante improbable que alguien se asomara desde los quince metros que la separaban del edificio de en frente, también era consciente del modo en que se estaba exponiendo, tanto física como moralmente. Y, aunque era consciente del riesgo, lo asumía y terminaba por vencerlo. Por mucho miedo que, antes, le hubiera dado.

Por otro lado, aunque pudieran verla divinamente desde la décima a la sexta planta del edificio de en frente, Lara estaba en un octavo y su campo de visión se dividía entre el edificio y las vistas que, en perpendicular por la derecha, le ofrecía el horizonte y una amplia avenida arbolada de la ciudad. En esa dirección, el edificio más cercano estaba a más de cien metros.

Y también le parecía una situación excitante. Estaba cómoda sexualmente.

Raúl se levantó y, al llegar a la puerta, se quedó mirándola un rato, viéndola de espaldas. ¡Tenía un culo! Tenía un cuerpazo que le ponía muy cerdo y la polla muy dura. Cuando se imaginó cómo iba a darle en esa misma postura, abriéndole solo lo necesario las piernas, imaginó la cara de vicio y placer que pondría ella y se le reflejó en el rabo. No pudo aguantarse más y recorrió los tres metros que les separaban, necesitaba apretarse contra el culo de Lara.

El polvazo con gemidos desmedidos y orgasmos varios que echaron no hace falta que os lo cuente, podéis haceros una idea. Raúl se corrió dos veces y Lara se llevó se llevó el tercero, que la remató, cuando, por primera vez, absorbió con gusto todo el glande de la polla por el culo.

Sus contracciones anales fueron las que arrancaron el segundo orgasmo de Raúl.

Mantuvieron la postura mientras recuperaban el aliento. A Raúl se le bajó la erección y se le volvió a poner morcillona pero, el hecho de estar penetrando analmente, le seguía excitando y quería continuar hasta meterla del todo. Y, claro, no puedo detenerse hasta que, al final, lo logró.

Y entonces los gemidos de placer de Lara terminaron explotando por toda la avenida.

Inevitablemente, una de las terrazas de en frente terminó por encenderse. Ya era tarde para esconderse del tío cuarentañero que salió y les cazó de lleno. Manteniendo la compostura mientras

les sacudían los últimos espasmos, también se mantuvieron firmes, expuestos y convencidos de que eran libres y capaces de vencer a ese momento y ese tabú.

Y vieron al vecino de en frente sobarse sin pudor los huevos.

Con el “ji” y el “ja” del momento, terminaron por despedirse los tres y, Raúl y Lara, regresaron a su salón y a su sofá. Seguía aado y con la tele puesta; Con porno en la pantalla y el volumen flojito.

—Prepara un par de copas —le pidió ella.

En la pantalla, la webcammer seguía ofreciendo su espectáculo a cambio de monedas. Era una andaluza con un acento simpatiquísimo y súper morbosos que, cuando se excitaba, ponía muy caliente.

Y aquel descaro y naturalidad con que decía las cosas que decía...

Raúl regresó con las dos copas y las dejó en la mesita. Le dio un muerdo a Lara y se acomodaron en el sofá, uno en cada extremo, desnudos, abiertos de piernas y pensando cada uno en sus cosas mientras miraban a la webcammer.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Lara sin dejar de mirar a la tele.

—Es evidente que Saavedra sabe que yo soy el stripper. Así que sé cómo de crecridita se va a manifestar en cuanto me ponga en contacto con ella. Va a venir vacilona...

—O sea... Que das por hecho que vas a hablar con ella...

—No —respondió Raúl sin vacilar y sin sentirse atacado—. Presupongo cuál es su actitud para que decidamos juntos cómo reaccionar y qué hacer según la información que tenemos. Y, cuanto más información tengamos, mejor. Pero sigo igual de decidido a no hacerlo si nos parece mala idea.

—O sea... Que te parece que puede ser una buena idea...

—No te pongas a la defensiva, Lara.

—Tú deja que yo me ponga como me dé a mí la gana y ponte tú como quieras. Que, de momento, poniéndome yo a la defensiva y respondiéndome tú con tu calma, nos estamos entendiendo... ¿Por qué te parece que puede ser una buena idea?

—Para empezar por las pelotas —respondió Raúl—. Y, para continuar, porque me siento capaz de controlar la situación y que no se me vaya de las manos.

—Aunque esté Saavedra de por medio...

—Aunque esté Saavedra de por medio.

—¿Ya has pensado cómo hacerlo?

—Se me ha ocurrido algo cuando venía de camino.

—Cuéntamelo.

—Lo primero que necesito es que tú también estés —empezó a decirle Raúl—. En cuanto me entere de si Cinthya va también a la despedida, tú tendrás que convencerla para que te invite. Por lo que me han contado, y como nos podemos imaginar, en un striptease privado a domicilio no va a haber moral ni respeto que detenga a la que no los tenga. Yo puedo oponerme pero, estando tú, seremos dos contra las que sean.

—¿Tienes que hacer desnudo integral?

—No lo sé, puedo enterarme. Aunque imagino que podría negarme lo mismo que supongo que la cliente puede pedir... Y que todo tiene un precio...

Lara se enfrentó a la escena de imaginarse en una casa llena de locas desatadas dispuestas a sobrepasarse con el stripper y se creyó capaz de superarlo. Luego metió a Saavedra en la escena y se le revolviéron las entrañas. Ya no temía por Raúl, pero se imaginaba a la otra. Si lo quería en

una fiesta privada no iba a ser para reírse de él precisamente, sino para buscarle un polvo. La hija de puta de Saavedra iba a ser la más golfa de todas. Aquello ponía a Lara de muy mala leche.

Ellas no se conocían en persona. A pesar de ser cierto que, Saavedra, le había reventado dos relaciones a Lara, a parte del tiempo que había pasado de aquello, en cada ocasión Lara permaneció en la sombra y nunca llegó a encararse con ella.

—Pero sí que es posible que sepa quien soy —pensó entonces—. Aunque puede que no nos relacione juntos a Raúl y a mí. Que, en ese caso...

Lara tuvo por primera vez la sensación de poder devolvérsela a Saavedra. Suponiendo que las cosas fueran como imaginaban: con una hijaputa vacilona loca por follarse a su ex, que ha terminado de stripper, poder impedirselo en su propia fiesta era un golpe que la satisfacía.

—Pero, si es ella la que llama, entonces es porque no es la novia... ¡Mierda! —se lamentó.

Esa forma de pensar hizo que se fuera viniendo arriba. Era una oportunidad y el premio valía la pena.

—¿Y si no consigo que Cinthya me invite? —le preguntó entonces a su novio.

—Teniendo en cuenta lo que te vio hacerme, si sabe que yo voy a ser el stripper creo que va a haber un ambiente favorable para que te termine invitando. O para que la termines convenciendo.

—¡Vale! Pero tú tienes que enterarte primero si Saavedra sabe que estamos juntos.

En aquel momento, de facto, Lara aceptó que Raúl pusiera en marcha la maquinaria aunque aquello desembocara en el más disparatado de los escenarios posibles; Daba luz verde a un juego sexual bastante imprevisible.

—¡Anda que si termino siendo otra vez yo la que te chupo la polla...! —bromeó.

—Entonces, si quieres, te dejaré que lo hagas...

—Cómeme el coño —volvió a susurrar Lara con su irresistible lascivia.

Se abrió los labios con los dedos y se acomodó en el sofá para que Raúl llegara y obedeciera. No se esperaba aquella respuesta pero, oírla, la puso de repente súper cachonda. Sabía que no tenía vergüenza para comerse una polla delante de más tías, ya había intentado hacerlo antes, y le dio morbo la escena.

Luego, mientras Raúl le hacía con la lengua maravillas en el clítoris y gemía gozosa, la imaginación dibujó una orgía de mujeres, Saavedra incluida, follando con Raúl, y se excitó más todavía.

—Es la venganza perfecta —pensaba entre gemidos—. Restregarle que Raúl tiene para darnos a todas y que, en vez de elegirla a ella, me ha elegido a mí.

Y, la satisfacción que aquella situación le produjo, trajo consigo un nuevo orgasmo de los que, a puerta cerrada, se escuchan hasta en el garaje y, con la puerta abierta, son capaces de hacer que vuelva a asomarse a la terraza el cuarentañero del edificio de enfrente.

La noche no dio para mucho más. Después de aquello, quitaron a la webcammer y se pusieron la tele para tenerla de fondo mientras se apuraban sin prisa las copas. Pasaron por el baño uno detrás de la otra y se fueron a dormir.

Desnudos, en la cama, la madrugada al final sí que les regaló un último polvo de duermevela.

Al día siguiente Raúl le envió un mensaje a Saavedra: “Buenas tardes, soy Raúl. ¿Qué tal? Me han informado de que estás interesada en contratarme para una despedida de soltera”.

Trató de mostrarse todo lo aséptico y seguro de sí mismo de lo que fue capaz. Pretendía no manifestar ninguna emoción para que, al responder, fuera Saavedra con sus palabras la que se descubriera primero. Presuponía que ella se mostraría altanera, era el principal rasgo de su carácter.

Sin embargo ocurrió todo lo contrario y Saavedra se mostró simpatiquísima y súper encantada de haberse reencontrado con él y, encima, de semejante manera.

—¡Tío! En serio, tienes que ser nuestro stripper. Seguro que no hay otro con más morbo y más chispa que tú —era el tono en el que se pronunciaba.

Estaba solo en casa. Lara había salido con Paula a echar un café después de haber comido. La incertidumbre de no ser capaz de descubrir el rollo extraño que se traía Saavedra hizo que, al final, dejara los mensajes y terminara por llamarla. Tenía que escucharle la voz para saber de qué palo iba y, en el fondo, esa nueva Saavedra tan amigable y cariñosa le había despertado los buenos recuerdos del pasado. Le apetecía una charla sin sentir la espada de Damocles colgando sobre su cabeza.

Hablaron. No terminaba de creérselo: Saavedra era solamente la versión buena de Saavedra, una que él conocía. A lo largo de la media hora que estuvieron hablando, Raúl no supo vislumbrar si le estaban vacilando y, sin desechar la posibilidad, se comportó como si no fuese a ocurrir. Fue una charla amena de dos viejos amantes del pasado que volvían a ponerse en contacto con nuevos roles totalmente diferenciados pero poniendo en común las cosas buenas que habían sabido mantener uno del otro. Y, después de contarse, de recordar, de reírse, informarse, confesarse, despedirse y de colgar, Raúl en seguida le mandó un mensaje a Lara.

—Acabo de hablar con Saavedra, he terminado por llamarla. Ha ido genial. Tengo toda la información que necesitamos pero ha habido algo raro: En vez de aparecer la Saavedra mala, ha aparecido la buena. ¿Qué quieres saber primero, que te lo cuente?

El teléfono comenzó a sonar mientras lo sostenía con la mano.

—Dime corazón —dijo al descolgar.

—Estoy con el manos libres, con Paula en su casa. ¿Quién es “Saavedra la buena”?

—Alguien de quien parece que no quieres que te hablen —respondió Raúl contrariado.

—Yo a la defensiva, tú con tu calma. Recuerda. Así nos entendemos...

—Saavedra la buena es una tía divertida y con buenos sentimientos que conozco de hace tiempo y de la que creo que, de haberos conocido de otra manera, habría podido ser una buena amiga tuya... Mejorando lo presente, Paula, por supuesto. Que ya sabes que te quiero porque sé que eres la mejor amiga que tendrá nunca. ¿Cómo estás, niña?

—En mi flow, como siempre —respondió Paula.

—¿Y a Lara? ¿Cómo la ves?

—Estoy flipando con ella y con el historión... ¿Te ha contado lo de su plan de venganza, no?

—Sí, esta mañana.

—Pues, ahora mismo, mucha cara de intentar plantearse siquiera un escenario en el que exista esa Saavedra que describes, no es que tenga. Pero está predispuesta a que nos des más detalles para ir visualizando la composición emocional. Así que cuéntanos más de quién es y de la sensación que te ha dado.

—No sé si fiarme —respondió Raúl—. Es una intuición, pero no lo tengo del todo claro. ¡Ah! ¡Bueno! Te pone cara, sabe quién eres, pero no sabe que estamos juntos. He pensado que, tal vez por ahí, podamos saber de verdad de qué pata cojea.

—¿Por qué? —preguntó Lara.

—Supongamos la situación de una Saavedra que, en el fondo de su corazón, siente algo de culpa por haberte levantado dos novios.

—¡Eso no me lo habías contado! —y, una palmada contra un hombro, sonó a continuación de las palabras de Paula.

—¿Sois capaces de suponerlo? —preguntó Raúl.

Ambas dijeron que sí.

—Lara... ¿Estás preparada para que te hable emocionalmente de mis buenos tiempos con Saavedra? ¡Paula! Responde tú si se queda callada.

—Sí. Sí que lo está —respondió Paula de inmediato.

—Pues continúo... Hace un momento he estado hablando con la Saavedra que sé que trataría de pedirte perdón de alguna manera. Y sé de la manera en que lo haría... Cree que estoy soltero y, en todo momento, se ha portado conmigo como la Saavedra atrevida y despreocupada que siempre fue para mí. Y, el caso, es que me la quiero creer. Esa Saavedra, además, sabe lo que me hiciste en el local... Y sabe como fui con ella sexualmente en el pasado y sé cómo intenta ser sexualmente en el presente conmigo y, si es quien dice ser, también cómo intenta ser sexualmente contigo. Insisto... No sabe que tú y yo estamos juntos. Así que, si piensa que no nos conocemos, va a intentar compensarte... Si no me equivoco, va a ser Cinthya quien se ponga en contacto contigo. No va a hacer falta que la busques tú. Si Saavedra sabe que también estás por aquí, va a aprovechar nuestro reencuentro para compartir sexualmente contigo a sus amigos, Entre los que me cuenta... Lara... ¿Eres capaz de suponer esa situación? Esta vez no contestes, Paula...

Se hizo el silencio durante unos interminables segundos.

—¿Y tú? ¿La cuentas entre esas amigas tuyas que son sexualmente así y quieres compartirla conmigo?

—Solo si es de verdad y confiamos en que no va a hacernos daño —Raúl guardó silencio unos segundos para que, esa posibilidad, diera su primer golpe para convertirse en probabilidad porque, a continuación, terminó la frase—. Que no me olvido que, puede ser que no, porque Saavedra nos la esté jugando a los dos y, la buena, no exista.

—Esa me imagino yo lo que estaría tramando en realidad —dijo Lara—. Provocaría la forma de dejarnos en evidencia a los dos delante de sus amigas. Como si lo estuviera viendo...

—¿Lo estáis viendo realmente? —preguntó entonces Raúl.

—¡Hostias! ¡Qué bueno! Eres un crack —exclamó Paula.

—¡Coño! —reaccionó Lara apenas un segundo después.

—Si nos está engañando, va a llevar el engaño hasta el final. Sabemos exactamente cada uno de los movimientos que va a hacer y en qué momento podemos retirarnos del juego si lo descubrimos. Incluso sabemos cómo saldremos del juego: tú no acerarás ni por asomo tu boca a mi polla, yo no dejaré que nadie lo haga y, en cuanto termine, nos vamos. Yo con mi excusa y tú con la tuya. El problema no es que nos la pueda estar jugando, si es mala, Saavedra no va a salirse con la suya. Nuestro movimiento importante, lo que tiene que preocuparnos, es cómo vamos a reaccionar si sus intenciones son sinceras, cuál entendemos que es nuestra victoria. Sea como sea, vamos a ganar esta partida.

Se volvió a hacer el silencio durante unos interminables segundos.

—Y... Saavedra la buena y tú creéis que, la victoria, es que yo la perdone, nos montemos un festival de bienvenida, le contemos que estamos juntos y que, entonces, dejemos de ser una pareja de dos para que empecemos a ser una de tres, ¿No?

—Lo que yo tengo contigo va mucho más allá de las cositas que me haces, recuerda... Y con ella nunca hice, ni haré, las cosas que sé que solo quiero hacer contigo. Y, créeme, quiero que hagamos muchas cosas... ¡Y no solo sexuales! El resto de cosas que solo las haría contigo. Entre Saavedra y tú, es siempre tu cara la que aparece en mi mente. Y sé lo que eso significa.

Otro silencio que parecía no tener fin.

—Tiene cara de estar dándole una vuelta al asunto, pero solo la primera. No va a responderte ahora mismo porque necesita darle otras diez mil más todavía pero, por lo menos, está empezando a darlas.

—Hay tiempo —dijo Raúl—. Puede darle vueltas a eso un par de días antes de ver si Cinthya se ha puesto en contacto con ella o de si, caso de no haberlo hecho, quiere y sabe cómo hacerlo ella. La despedida es dentro de dos semanas y supongo que, en estos días, yo tendré que volver a hablar con Saavedra y tendré oportunidad de seguir tanteándola por si nos la estuviera jugando. Seguimos teniendo la oportunidad de actuar con prudencia e inteligencia y pisar sobre seguro.

Y, por fin, el último silencio: uno bastante más breve.

—Nos entendemos —intervino Lara—. Hablamos luego. ¿Qué vas a hacer de cenar?

—Hoy nos merecemos cena cerda.

—¡Mola! ¿Estás buscando peli?

—No lo tengo claro y admito sugerencias.

—Ok. Si se me ocurre algo te lo digo. Te quiero —y colgó.

Lara seguía teniendo miedo de que Raúl prefiriera, por cualquier razón, dejarla por Saavedra. Ya se lo habían hecho dos tíos antes, él no tenía por qué ser diferente. Y sabemos cómo supera Lara sus miedos, ¿no? Efectivamente: afrontándolos, incorporándolos y superándolos. Y no olvidemos que, de ese comportamiento, Raúl lo que admiraba de Lara era su valor.

Los dos sabían que, Si Saavedra la buena existía, la despedida de soltera iba a terminar en orgía; Que Lara no se negaría. Así que no les hizo falta hablar del tema durante los días siguientes. Esa noche tuvieron cena cerda, buena peli, porno y sexo y su vida transcurrió con normalidad hasta que, el jueves siguiente, Lara y Cinthya se pusieron en contacto.

Fue Lara la que envió el primer mensaje. En vista de que el plan no iba según lo previsto, y puesto que estaba decidida a resolver de una vez por todas, para bien o para mal, el asunto Saavedra, pasó a la acción. La excusa era proponerle ir al local la noche siguiente a ver a Raúl sin más razón que porque se había acordado de ella. La verdadera intención era la de colarse en la despedida a cualquier precio.

Y pasó...

Quedaron para verse la noche del viernes. Quedaron primero para tomar unos vinos, Lara quería conocerla y dejarse conocer más allá de lo estrictamente sexual. Luego fueron al local en el que, como cada viernes, Raúl trabajaba. Se sentaron en la barra al llegar. Allí se tomaron la primera cerveza antes de pasar a las mesas junto el escenario. Tras las dos primeras actuaciones, primero el grupo de las chicas y, después, el de los chicos, y de pasar de las cervezas a las copas, la conversación se fue centrando en aspectos más íntimos y morbosos. El rato les estaba pareciendo tan bueno que, al final, decidieron pedir un reservado y se preguntaron si sería posible contratar un privado del stripper Raúl.

—¿Puede ser otro? —la pregunta de Cinthya pilló a Lara por sorpresa.

—Sí, claro —le respondió al reaccionar—. ¿Es que te ha pasado algo con Raúl?

—No, nada. Es por otra historia.

—¿Quieres a alguno en particular? —dijo Lara pasándole la carta que, con los servicios del local, estaba sobre la mesa.

Cinthya echó un vistazo para terminar eligiendo al azar y Lara se dio cuenta: No estaba buscando a otro, sino evitando a Raúl. Y, sabiendo como sabía que la despedida de soltera estaba cerca, la razón por la que Cinthya le evitaba debía tener algo que ver con ella. Aquí estaba la oportunidad de abordar el tema. Había que seguirle el juego.

Con la excusa de ir al baño, Lara aprovechó para enviarle un mensaje a Raúl y darle novedades. Al novio le sorprendió que pensarán en otro stripper y Lara le explicó que, precisamente por ahí, era por donde podía entrarle para hablar de la despedida de soltera.

—Y tranquilo que, esta vez, ni se me pasa por la cabeza meterme una polla en la boca.

Al regresar, aprovechó para buscar a David, el jefe del local, para pedirle el reservado y el pase privado de Josué, el otro stripper elegido. Casi no había hecho más que volver a sentarse en la mesa con Cinthya, cuando llegó David para llevarlas al reservado.

Aunque era de similares características que el anterior, el del día del striptease de Raúl, este otro estaba ubicado cerca de la última fila de mesas alrededor del escenario principal. Era el último de los que había en esa pared, el que se quedaba más al descubierto. Al entrar, Cinthya se aseguró de echar bien las cortinas para que no se viera nada desde fuera. Lara recordó que, la otra vez, llegaron a descorrerlas y dejar solo los visillos, así que supo que, aquel comportamiento de Cinthya, era intencionado. Y, si lo era, algo escondía. Empezaba a tener munición con la que interrogarla y tratar de dirigir la conversación.

—¿Cómo será el Josué este? ¿Sabes cuál era de los de antes?

—Creo que el alto moreno de detrás, pero solo por relación de ideas. No me hagas mucho caso —respondió Cinthya.

Sin bajar el tono de la conversación, Lara sí que se dio cuenta de que Cinthya se ponía, cada vez, más nerviosa. Como si, fuera lo que fuera, era algo a lo que se le acababa el tiempo. Era el momento de empezar a investigar.

—Tengo la sensación de que hay algo que te inquieta —dijo Lara—. ¿Puedo preguntar?

—No, no es nada... —Cinthya no sonó convincente.

—¿Seguro?

—Bueno. La verdad, es que... —se quedó callada un segundo—. Vas a pensar que estoy loca...

—¿A mí me vas a hablar de locuras en un sitio como este después de nuestra primera vez?

Cinthya se rió con aquel comentario de Lara. Le sirvió para relajarse. Y, por fin, empezó a hablar.

—Ayer, cuando recibí tu mensaje, me pareció que me venías como caída del cielo. Llevo unos días pensando que hay una cosa que quiero probar a hacer y que no puedo hacer sola pero tampoco puedo hacerlo con mis amigas porque tiene que ver con ellas.

—¿Con ellas? —Lara olía cada vez más cerca el asunto de la despedida de soltera.

—Sí. Por eso me alegré tanto cuando apareciste. Porque, sin que seas del todo una desconocida, eres la menos conocida y contigo sí que puedo probar a hacerlo. Necesito tu ayuda para hacer una locura...

Lara llegó a temerse que aquello era algún tipo de declaración lésbica y se puso nerviosa. Sin embargo, que tuviera que ver con las amigas seguía manteniéndola centrada y atenta.

—Supongo que esperas que no me escandalice —dijo Lara—. No te preocupes, cuéntame que es lo que quieres hacer.

—La semana que viene tenemos una despedida de soltera que pretende girar a orgía premeditada con el stripper. Se supone que, para cuando llegue a la casa, ya tendremos que estar todas desnudas y desinhibidas. Hasta están hablando de comprar marihuana... El caso es que, conociendo como conozco a una de ellas, la organizadora, esa fiesta va a quedar immortalizada en decenas de fotos y vídeos y le tengo un poco de miedo a todo: a las fotos, a los vídeos, a que mis amigas vean cómo se me puede ir la olla...

—¿Pues no dices que es una orgía premeditada? Eso es porque a todas se os va a ir la olla...

—La verdad es que no. Tengo una amiga que está convencida de que puede terminar en orgía y que quiere hacer todo lo posible para que así sea. Tenemos un grupo de WhatsApp en el que no hace más que pegar tiritos y, aunque todas le seguimos la broma, todas hablan de boquilla y hay un par de ellas que, además, no me dan buen rollo.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

Cinthy guardó silencio un instante y luego tomó aire para soltar finalmente su bomba.

—¿Te quedarías completamente desnuda conmigo y me grabas cada vez que venga el stripper?

Y, entonces, apretó los labios, achinó los ojos y encogió el cuerpo como si esperara una respuesta de mosqueo.

Sin embargo, Lara guardó silencio y le sostuvo la mirada mientras pensaba su respuesta. Quedarse desnuda delante de un tío al que no conocía no era algo que le hiciera gracia.

—¿Y por qué no has elegido a tu amiga la que es también desinhibida para hacer esta prueba?

—Porque no quiero que sepa que me da miedo lo de las fotos y los vídeos. Piensa de mí que juego a su mismo nivel y quiero que lo siga pensando...

—¿Y por qué no has elegido a Raúl que, con ese, ya tenemos confianza en andar medio desnudas?

—Porque Raúl es el stripper de la despedida y, si me ve hoy haciendo esto, el sábado nos cargamos el factor sorpresa cuando vuelva a verme y puede que no salga la orgía.

Ya estaban todas las cartas sobre la mesa, Lara podía tomar una decisión y actuar. Y, como sabía cuántas preguntas tenía que hacer y lo lejos que tenía que llegar para conseguir su plan, también supo que tenía que hacer lo que tenía que hacer.

—Supongo que, si quieres enfrentarte de verdad a esta experiencia, voy a grabarte con mi móvil, ¿No?

—Por eso eras la candidata ideal... No tenemos la confianza suficiente como para que quisieras chantajearme de algún modo con esas imágenes. ¡De verdad que vi ayer el cielo abierto cuando me escribiste! ¡Esta te la debo!

De repente Lara sintió que Cinthy era totalmente inofensiva. Se le vino a la mente la situación en la que “Saavedra la buena” no existía y comprendió que, en ese caso, Cinthy no encajaría de ninguna manera con Saavedra la mala. Y, en ese momento, Cinthy estaba depositándole su confianza en las manos. Entonces se relajó, no debía preocuparse por dobles intenciones y, tan solo, le quedaba el modo de invitarse a la despedida y de, en el proceso, seguir obteniendo toda la información que fuera posible para sentirse mejor.

Le echó un vistazo a las cortinas del reservado para asegurarse de que estaban bien echadas y se llevó las manos al bajo de la camiseta, cogiéndosela con las manos cruzadas por delante del vientre.

—¿Quieres desnudarte ya? —le preguntó a Cinthy antes de mover las manos.

Miró el reloj, cerró los ojos y respiró profundamente.

—Que sea lo que Dios quiera... —respondió la una y pensó la otra.

Se desnudaron las dos con cierta inquietud, más por sus propios demonios personales que por la excitación del momento; Que fue la que comenzaron a buscar una vez acomodadas.

Para romper el hielo, comenzaron a hacerse fotos la una a la otra. Y, en la conversación, Lara consiguió conocer todas las emociones que, por parte de Saavedra y Cinthy, iban a conectarse y explotar en la despedida. Lo había soltado todo y todo parecía ser sincero.

—Ese es el único secreto que hay... —estaba contándole Cinthy—. Que Raúl crea en todo

momento que va a una despedida de soltera. Porque Saavedra le conoce y dice que, si se entera de que no hay novia, de que no hay un límite, hay cosas que no hace.

—Como quedarse en una orgía que es el sueño de todo tío —interrogó Lara al aire.

—Por ejemplo...

Al principio parecía contradictorio pero luego le encontró sentido. Raúl tiene límites. Muy amplios, sí, pero los tiene. Y es cierto que nunca se mueve fuera de ellos. Si no había novia en la despedida, un solo motivo para frenarle, algo no previsto, no haría nada que ni siquiera hubiera llegado a hacer habiendo una novia de verdad. De hecho, no haría nada que no hubiera sido pactado anteriormente con las partes implicadas.

¡Y ahí estaba el talón de Aquiles del plan de Saavedra! Que, si no hablaba de la orgía previamente con Raúl, sabía que Raúl se negaría a quedarse. En ese caso, le daba igual si Raúl estaba soltero o salía con alguien. Por eso no le preguntó, porque, en su plan de actuación, no podía preguntárselo todavía! Su chulería le empujaba a no querer ser la primera la manifestar realmente sus sentimientos.

—¡¡Porque los tiene!! —alcanzó Lara como conclusión—. No quiere hablarle de montarse una orgía por si es él quien tiene razones para decirle que no... Teme al rechazo... Le importa... ¡Me cago en la puta!

Lara regresó a la realidad tras su descubrimiento y revisó su alrededor para situarse y encontrar cómo continuar la charla que se había quedado en el aire.

—Entonces, a parte de que, ahora, tus venzas algunos demonios con esto, la historia está en que Saavedra no sabe si Raúl sale con alguien y ese puede ser un límite...

—O que siga enfadado con ella...

—¿¡Están peleados!?

Josué las sorprendió con su llegada. Claro que, él también se llevó su sorpresa cuando se encontró con dos mujeres desnudas dentro del reservado. Lara fue la primera en reaccionar. Cogió el móvil.

—Tú a lo tuyo —le dijo primero al stripper—. Y tú lo mismo...

Conforme iba avanzando el “I’m a slave” de Britney Spears, los tres fueron metiéndose en su papel: Josué de stripper profesional, Cinthya de actriz porno amateur en el papel de “escenas para ser chantajeada” Y Lara de amiga desinhibida y aficionada a los vídeos. Por su parte, tenía un particular subidón al creer tener la sartén por el mango. Eso de que Saavedra se sentía en deuda de algún modo con Raúl era una grandísima noticia.

La primera actuación de Josué apenas duró un total de cinco minutos. Pues fueron suficientes como para que Cinthya bailara de rodillas sobre el sofá, controlándose para no abalanzarse sobre el stripper, pero excitada como ella sola, y para que Lara se moviera de pie alrededor del pequeño escenario buscando encuadres de cámara sin parar. Y sintiendo, además, cierta excitación cada vez que las cortinas le rozaban el culo.

—Todo lo que te cuente Josué esta noche, es verdad —aprovechó que aún tenía el teléfono en la mano para enviarle un mensaje a Raúl—. No podemos cruzarnos contigo esta noche. Ella no. Sal sin vernos, no respondas. En casa te cuento.

—¿Qué haces? —terminó por preguntarle Cinthya.

—Ponerte nerviosa —le respondió mientras terminaba de escribir “esta noche tengo que ser una chica mala”.

—Lo estás consiguiendo.

—¡Bah! No te preocupes —respondió Lara mientras le acercaba el móvil, después de haber

borrado cualquier constancia de mensaje—. ¿Quieres ver el vídeo?

Se sentaron cerca para verlo juntas. Aparte de comentar las mejores jugadas, la charla iba también dejando salir las emociones que ambas sentían. Aquello había sido un subidón alucinante para las dos. Y, a juzgar por el paquetón que había disfrutado bajo el tanga de Josué, el subidón había sido para todos.

Había merecido la pena.

—Ahora os entiendo —le dijo Lara a Cinthya—. Con este subidón yo también estaría loca por montarme una orgía con Raúl.

—Ojalá salga bien.

—Me apuntaba con vosotras si pudiera...

A Cinthya le cambió la cara.

—Pues, si te digo la verdad, me acordé de ti cuando Saavedra me contó que quería hacer esto. Pero, cuando empezamos a ver quien sí y quien no y por qué, a ti te tocó que no.

Cinthya guardó silencio unos segundos para ver si Lara lo entendía por sí misma.

—Y, como yo me abalancé a comerle la polla aquí, si me ve desnuda en una despedida de soltera, igual se piensa que quiero rematar el asunto y se os joden los planes —Lara lo había entendido perfectamente.

—Por eso que me escribieras ayer me pareció que no podía ser una casualidad...

—Yo no sería un problema —reaccionó Lara de inmediato—. A parte de lo que me dijo aquella noche, que tú también lo oíste, he vuelto a verle alguna que otra vez y es un asunto que está más que superado...

—¿Seguro? —preguntó Cinthya con una especial luz en la mirada.

—Tanto como que, si estuviera por aquí, te lo traía para que te lo confirmara él mismo. Dice que, ahora, le doy buen rollo.

—No puede verme hoy aquí. No lo olvides

—Pues que se lo pregunte Saavedra. No como clienta, sino como amiga...

—¿Y qué excusa le pongo yo a Saavedra para decirle que me he enterado de esto? ¿Con quién he hablado? Porque, si le cuento la verdad, aparte de que me muero, ni se lo cree...

—Tampoco hace falta que se lo digas ahora mismo, mujer... Deja que el segundo pase de Josué te ayude a decidir. Que, de aquí al sábado tienes tiempo...

Y, en ese momento, Lara tuvo la certeza de que terminaría por ir a la despedida de soltera.

Lo había conseguido. Sabía que, de una u otra manera Cinthya terminaría por contarle a Saavedra y, si movía bien las piezas, todo estaría bajo control.

—Si Raúl le hace creer a Saavedra que le inspiro confianza, mucha confianza, pasaré de ser un estorbo a ser imprescindible. Y, si de verdad siente algo por él, será ella misma quien me invite, no Cinthya. Necesitará saberlo todo de mí. Y, ya sabéis lo que dice el refrán, que “el enemigo, cuánto más cerca, mejor” —pensaba Lara—. Así que solo me queda hacer que Cinthya tenga muchas ganas de invitarme...

Le dio un sorbo a su copa, estableciendo con él un punto y aparte en la conversación. Y, después del trago, continuó llevando a cabo su propio plan.

—¿Te puedo contar ahora un secreto yo? —preguntó confiando que, tal y como pasó, Cinthya respondería afirmativamente—. Pues que, ahora, se me ha ocurrido a mí hacer una cosa que me gustaría hacer cuando venga Josué... O incluso antes...

—¿El qué?

—Abrir las cortinas enteras y dejar solo los visillos... No te cuento el morbazo que me ha

dado antes cada vez que me rozaban las cortinas el culo...

—¿Y que nos vean, aquí, guarreando con el stripper?

—A lo mejor, que te vean esta noche, hace que te importe menos que te vean el sábado que viene..

Aquello le dio que pensar, le parecía una buena razón. Pero Cinthya necesitaba un último empujón.

—¿Tú eres capaz? —le preguntó a Lara.

—¡Me da un morbo que te cagas! —le respondió—. Y que me grabes tú también, si quieres...

—Y que nos pueda grabar cualquiera del local —Cinthya se asustó.

—Ni se nos reconoce tras los visillos, ni nos conocen. Estaremos expuestas pero no en peligro... ¡Puto morbo! —y Lara se mordió los labios.

Era más que evidente que Cinthya era juguetona y que no le gustaba sentirse menos que nadie. Tenía toda la pinta de ser la sumisa perfecta. Aceptaría el reto. Y, para terminar de animarse, continuaron hablando de fantasías y justificaciones para hacerlas o no hacerlas realidad. Lara manejaba aquella conversación a la perfección y estaba haciendo con Cinthya lo que le daba la gana. Estaba vendiendo su papel de “soy la tía más divertida con la que puedes contar en una orgía” y, la otra, se lo estaba comprando entero.

Lo que, aparte de ponerla como una moto, acrecentaba sus ganas de contar con Lara el sábado siguiente.

Lara, por su parte, estaba aceptando una revelación y es que, en realidad, no estaba sobre actuando para nada sino que, por el contrario, realmente le excitaba sobremanera lo de exhibirse desde el reservado. Se sentía culpable por no estar haciéndolo con Raúl pero, en realidad, que fuera precisamente delante de otro le servía de información para saber cómo de segura estaba de sí misma: algo que comprobar antes de compartirlo abiertamente con su pareja.

—Que sea lo que Dios quiera —respondió Cinthya.

—Amén, hermana —remató Lara con una pícaro y sarcástica sonrisa.

Lara se levantó del sillón corrido y fue a la entrada del reservado, agarró la cortina de la izquierda y la descorrió hasta la pared del fondo; Quedaban a la vista del reservado de al lado, que también tenía abierta esa cortina, y de toda la gente que fuera, tanto a los aseos, como a cualquier otro reservado de los siete u ocho que había.

Cinthya miró a los del reservado contiguo. Eran dos parejas. Vestidas y pudorosas, bastante más que ellas desde luego, pero con la complicidad necesaria como para no escandalizarse al verlas. Por otro lado, a Cinthya le relajó el asunto de las perspectivas. Sentada tranquilamente en el sofá no se la veía mucho desde fuera.

—Los de al lado estarán flipando —pensó—. No saben si somos clientas o strippers...

Lara regreso a la entrada del reservado, cogió la otra cortina y repitió la operación de recorrerla hasta la pared del fondo. Comenzó escondiéndose detrás de la cortina hasta que comprobó que, de pie, el respaldo del sofá debía tajarla, más o menos, hasta la mitad del culo. Cuando supo cuánto enseñaba y le echó un vistazo al local para saber a quiénes y cuántos se lo enseñaba, fue jugando con la cortina. Cuando llegó a la pared del fondo, cualquier podría verla totalmente desnuda desde el final de la rajita del culo hasta más arriba de la cabeza. Desde el reservado contiguo sí que la habían visto en toda su depilada plenitud. Se sentó sin prisas.

—Me encanta... —le susurró a Cinthya—Me pone muchísimo... ¿Nos hacemos fotos otra vez?

Desnudas y sentadas comenzaron a hacerse las primeras fotos mientras que, poco a poco, se iban viniendo arriba para posar la una para la otra. Lara fue la primera en posar subida de rodillas

sobre el sofá. Ese fue solo el primer paso pues, durante el rato que estuvieron con las fotografías, hasta llegaron a posar subidas sobre el pequeño escenario del reservado.

No levantaron una expectación exagerada en el local, tampoco lo pretendían y buscaban de no llamar la atención más de lo necesario, pero, a las parejas de al lado, sí que las hicieron reaccionar. Una de las chicas, recorrió su lado del visillo desde la pared a la mitad del riel: invitando a las chicas a hacer ellas lo mismo. Fue Cinthya quien se levantó del sofá para abrirla también en cuanto vio que lo hacía la chica. Y los abrieron lo justo como para dejar el campo de visión de los dos reservados siendo solo uno, pero aun tras el visillo para todos los que pasaran por el pasillo al baño, o a cualquier otro reservado.

—¿Curráis aquí? —preguntó la chica pensando que conocía la respuesta.

—No —respondió Cinthya con el punto justo de morbo en su mirada y su sonrisa.

Y, a la chica de al lado, lo que se le vio en la mirada fue la curiosidad; Una curiosidad igual o más de morbosa.

Si a Lara le hubieran dicho al llegar al local, que iba a terminar haciendo lo que estaba haciendo, no se lo habría creído ni local y, sin embargo, en ese momento se sentía segura y sabía que quería hacerlo y que no iba a suponer ningún problema con Raúl. Es más, en cuanto Raúl se enterara era bastante probable que le gustara y le pareciera cachondo y morbosos. De nuevo le pareció curioso con qué velocidad se había ido desinhibiendo en las últimas semanas o meses. Y, sin embargo, cada vez se sentía más segura abriendo sus límites y era más feliz. Y Lara tenía algunos que otros límites que se le había ocurrido que quería ir abriendo y, cada vez que los repasaba, sentía que el momento de florecer del todo estaba aún más cerca.

—Toma —le pasó su móvil a Cinthya—. Grábame un vídeo.

Se levantó del sofá y, de nuevo, se subió al pequeño escenario del reservado. Se puso de espaldas al resto del local y, mirando a cámara, ocultándose tras la barra de pole dance. Empezó a flexionar las piernas con las rodillas hacia fuera, restregando descaradamente sus flujos vaginales contra la barra mientras se agachaba. Se quedó de cuclillas unos segundos, apretada contra la barra, y con un gesto, supo transmitirle a Cinthya que ya podía dejar de grabar. Entonces, sin levantarse, bajó del escenario y volvió a sentarse junto a su amiga.

—Es para mi amiga Paula y su novia —mintió piadosamente pero con toda la intención—. La que venía conmigo el día que nos conocimos.

Y, entonces, en un mensaje de WhatsApp envió el vídeo y un mensaje que decía: “ya me contarás mañana qué os parece”.

Lara sabía que Paula entendería ese mensaje en plural: le estaba pidiendo que le mandara el vídeo a Raúl y le decía el momento hasta el que no podía responderle.

Fueron pasando los minutos y cada vez estaba más cerca el momento en que Josué volviera al reservado para hacer su segundo pase, el del desnudo integral. Y, de nuevo, iba a llevarse una sorpresa cuando viera la disposición de, no uno, sino dos reservados.

—¿Te has liado alguna vez con una tía? —preguntó Cinthya.

—No, ¿Por?

—¿Te importa si en alguna ocasión, por no abalanzarme sobre él, te agarro a ti?

—Tócame todo lo que tengas que tocarme —terminó de responder Lara.

Es bastante probable que Josué no eligiera al azar el tema que escogió para su segundo pase. Decidirse por un remix de “átame o déjame” de Mónica naranjo que duraba doce minutos olía mucho a que quería pasar con las dos mujeres desnudas, cuanto más tiempo, mejor. Le fue cambiando la cara cuando, al acercarse desde la puerta del backstage al reservado, se encontró

con la plaza en la que le tocaba torear: Allí estaban esperándole las dos mujeres desnudas, pero también había otras dos parejas y todo un local a la vista, protegido por tan solo un visillo. La sonrisa de sincera complicidad y calma con que le recibió Lara cuando cruzó el visillo para entrar al reservado, le relajó. Luego tuvo tiempo para meterse en su papel y disfrutar como acabaron disfrutando todos.

Y, aquellos doce minutos, fueron uno de esos momentos que se convierten en gratos recuerdos y que terminan pasando a formar parte de la historia de un local.

Comenzó de la misma manera que la primera vez, con Josué siendo un profesional, Lara de pie grabando y moviéndose para buscar encuadres y Cinthya, sentada, dejándose llevar. Tardó poco en llevarse las manos al sexo y dejar entrever ver sus caricias escondían una masturbación en toda regla. Cada vez que Lara se le acercaba, Cinthya no dudaba en meterle la mano en la entrepierna para empaparse los dedos con sus fluidos. Lara también chorreaba y no lo ocultaba. Y se dejaba tocar abiertamente por su amiga y solo por su amiga. Y no dejaba de moverse y de buscar encuadres, a la vista de todos de culo para arriba.

Cuando David, desde la barra, se dio cuenta del festival que se estaba montando en el reservado, poco a poco fue jugando con la iluminación del local para concederle todo el protagonismo. Las chicas se dieron cuenta. Lara se giró y miró al local, se habían convertido en el centro de atención de alrededor de veinte personas. Josué se giró también hacia el local, cruzó la mirada un instante con Lara, que estaba delante de él, y conectaron. El stripper siguió bailando pero, ahora, su espectáculo era para todos. Lara cruzó entonces su mirada con David, al que reconoció al fondo, dentro de la barra, y contoneó el cuerpo insinuante pero discreta al compás de la música. Y, entonces, David fue bajando la música ambiente que tenía la sala y le fue dando volumen al "átame o déjame" que daba ritmo al espectáculo del reservado.

Cinthya cogió su móvil y volvió a ponerse de rodillas sobre el sofá. Se parapetaba tras Josué de las miradas del local y grababa a Lara y al stripper mientras que, con la espalda y los brazos, empezaba a dejarse llevar al compás de la música. Cuando le entraron ganas de echarse la mano al sexo comprendió que le estorbaba el móvil y, entonces, se lo alargó a uno de los chicos de al lado para que la siguiera grabando.

Lara terminó de venirse arriba, le dio también su móvil a los de al lado y, ni corta ni perezosa, se subió con Josué al pequeño escenario para bailar con él. A pesar de no saberse la coreografía que pudiera tener Josué preparada, lo cierto es que casi le iba adivinando todos los pasos y, en apenas cuatro compases, Josué pasó de temer que aquello se fuera de madre a encontrarse sobre el escenario con una compañera alucinante con la que hacer un striptease.

Bailaron para sí mismos, para Cinthya, para las dos parejas de al lado y para todo el local. Desde las mesas y la gente que había en la barra, se tocaban las palmas y se jaleaban los movimientos más excitantes. Cinthya no había podido aguantar y había vuelto a sentarse en el sofá para, abierta de piernas, masturbarse sin pudor y, las dos parejas de al lado, también se habían descocado. Uno de los chicos había conseguido dejar a su novia en sujetador y, la otra, le estaba sobando la polla a su novio por debajo del pantalón mientras que él grababa con el móvil con una mano, y le metía la otra por debajo de la falda.

Josué usó la raja del culo de Lara para mantener la polla oculta hasta el último momento, después de haberse quitado el tanga. Se tocaron, se tocaron mucho, pero los dos sintieron en todo momento estar moviéndose dentro del respeto. El resultó de su increíble conexión en el escenario fue que Cinthya se corrió antes incluso de verle la polla a Josué, que las dos parejas de al lado pasaron un rato inolvidable y que, el resto del local, aplaudió aquella actuación entusiasmado. Al

terminar la canción, David se encargó de volver a cambiar la iluminación y la música en el local para devolvernos a la intimidad.

Lara y Josué se despidieron con un par de besos justo antes de bajarse del pequeño escenario. Él se marchó del reservado y ella se acercó al respaldo del sofá para que, desde el reservado de al lado, le devolvieran los teléfonos y se intercambiaran algunas que otras palabras agradables. Luego volvió a sentarse junto a Cinthya.

—No tengo prisa ninguna por volver a vestirme —le dijo—. Estoy cachondísima y me encanta sentirme así.

—eso es porque no te has corrido —le respondió Cinthya.

—Pues, entonces me parece que voy a seguir así hasta que llegué a casa.

—¿Te va a venir a dar palo ahora que te vean correrte después de haberles enseñado todo lo demás?

—No, no es eso. Es solo que, hay momentos que sí, y hay momentos que no. Este es uno de los de no —y, con un gesto hacia la barra, Lara intentó que Cinthya creyera que la razón era cualquier otra menos ella. Y Cinthya se creyó que se refería a la gente de fuera y le pareció buena razón y no preguntó más por el tema.

Fueron relajando el tono poco a poco hasta que llegó el momento de volver a vestirse. Cuando se acabaron las últimas copas, antes incluso de que finalizara el tiempo que disponían de uso del reservado, decidieron marcharse.

—Si algún día quisieras trabajar con nosotros, no dudes en llamarme —le dijo David desde la barra a la par que le daba su tarjeta de visita.

Lara llevó a Cinthya a su casa y se despidieron no sin antes haberse encargado de dejar en el aire el asunto de la despedida de soltera. Luego cruzó la ciudad con el coche y se fue a casa. Cuando llegó, abrió la puerta, se desnudó, la cruzó y la cerró y apareció desnuda en el salón.

—He sido una chica mala. Creo que me merezco un castigo...

Raúl, que la aguardaba también completamente desnudo, sentado en el sofá y con una erección de caballo, cogió su móvil y se puso de pie.

—Eso me han contado Paula, Josué... Y David

—¿David?

—Salte a la terraza, anda...

Polvazo insuperable. Cuando Lara pudo expulsar en gemidos toda la excitación que traía desde el local más la que se estaba llevando con ese polvo, no paró hasta conseguir que el vecino cuarentañero de en frente se asomara a la terraza. Y, en esta ocasión, el vecino salió desnudo. Lara estaba tan venida arriba que hasta le brindó el cuarto orgasmo. Los tres primeros habían llegado juntos, justo un poco antes.

—¿Podéis hacer el favor de no ponerme los dientes largos?

Desde algún lugar, fuera del ángulo de visión que tenía desde la terraza, Lara escuchó aquel sarcástico lamento en la una voz de mujer. Estaba reponiéndose del cuarto orgasmo y, de inmediato, miró al vecino de en frente por si él veía a quien pudiera haberlo dicho.

—Del cuarto —le pareció entenderle por el movimiento de labios.

Sintió como Raúl le sacaba la polla. Estaba de nuevo con las manos sobre el pasamanos cromado de la barandilla de cristal y el culo en pompa. Tratando de recuperar las fuerzas para que no le flaquearan las rodillas. Entonces Raúl se puso a su lado, le besó en la boca y, a continuación, le echó la mano el hombro para ponerla de cuclillas.

—Cómeme la polla... ¿Quieres que el vecino lo grabe?

Lara le trincó la polla a Raúl con la mano y, sobándosela sin soltarla, se incorporó.

—Quiero que hagamos todas las cosas que te ponen cachondo. Quiero que hagamos todas las cosas que me ponen cachonda. Pero no va a grabarnos... Se puede reconocer la casa y, por lo tanto, a nosotros... —susurró lascivamente al oído de su novio antes de volver a ponerse de cuclillas.

Se masturbó hasta tener que caer de rodillas mientras se abandonada al desahogo de hacer y gozar una fantástica mamada. Fue un broche perfecto para dar por finalizado el rato en la terraza y regresar a la intimidad del hogar. Tenían una conversación muy interesante que mantener y, aunque seguían cachondísimos, les podían más las ganas de hablar. Además, afortunadamente la conversación les iba a mantener a tono.

—Prepara un par de copas —dijo Lara—. Tengo que ir al baño...

—Hay costumbres que no se pierden —pensó Raúl con una sonrisa en la cara.

Entró en la cocina y preparó las bebidas. De vuelta al salón volvió a coger el móvil y lo sincronizó con la tele. Estaba abriendo en la pantalla el primer mensaje que Lara le había enviado avisándole de que la noche iba a ser movidita y que terminaba con ese “esta noche tengo que ser una chica mala” cuando ella regresó al salón. Miró la tele, leyó el mensaje, miró a Raúl mientras se sentaba en su sitio del sofá y le dio un sorbo a su copa.

—Estaba en el camerino —empezó a relatar Raúl en voz alta—esperando noticias tuyas. Lo último que sabía era que os ibais a un reservado y que ibas a ser buena. Y, no hago más que leer que me dices que, todo lo que me cuente Josué, es verdad y entra Josué flipando en el camerino y, a voces, suelta con lo que se acaba de encontrar en su privado...

Raúl hizo un silencio que Lara interpretó como un pie para que respondiera.

—Todo tiene una explicación. Te cuento cómo he llegado hasta ahí...

—No, no... —la interrumpió Raúl pisando del “cómo” en adelante—. Si, al menos, tú eras la que estaba grabando... Pero la historia sigue... Josué cuenta que, en su reservado, hay dos tías en bolas y que, mientras una intenta contenerse para no lanzarse encima suya y follárselo, la otra lo graba en vídeo... Por la descripción he sabido que tú grababas —dijo relajando el tono de voz—. No esperaba que fueras a hacer algo así pero, una vez que lo has hecho, tampoco es nada del otro mundo.

—Tenía que ganarme a Cinthya y me había pedido que lo hiciéramos —dijo entonces Lara.

—No —volvió a casi interrumpirle Raúl—. Que no quiero que te justifiques. No es eso... Ahora me cuentas cómo te ha ido —sonrió—. Te estoy contando mi proceso...

—¡Ah! Vale... —había amor en el brillo de la mirada con que Lara, escuchaba a Raúl—. Sigue contándome...

—Hasta ese momento Josué decía que qué pena que fueras tan recatadita: porque tú eres la que está realmente buena de las dos... Así que, escuchando sus batallitas, me voy metiendo en mis pensamientos y, como me dices en el mensaje que no puedo cruzarme con Cinthya, aprovecho que sé que tenéis las cortinas echadas para salir del local y venirme para casa. Una vez aquí, evidentemente, no puedo dejar de pensar en lo que estarás haciendo...

Lara fue a abrir de nuevo la boca y, con un gesto, Raúl volvió a insistirle en que se estuviera callada.

—¡Porque, entonces —entonó enfatizando sus primeras palabras para darle un reinicio a su exposición—, me llega el mensaje de Paula que, tras prevenirme de que no puedo ponerme en contacto contigo esta noche, me dice que, ella y yo, podemos hablar del vídeo todo lo que

queramos. Y, sin más explicación, me manda tu vídeo en la barra del pole dance y te encuentro, caliente como una perra, restregando el coño contra la barra y a la vista, ¡al menos de espaldas!, de todo el local tras los visillos del reservado...

Hizo una pausa para darle un trago a su copa, abrir el mensaje de Paula y poner el vídeo en la tele. Y allí estaba Lara, en 4k, poniéndose caliente a sí misma de verse. Los dos estaban prestándole atención a las imágenes.

—Tres veces más he visto el vídeo antes de llamarla —dijo Raúl—. A esta tía la quiero cada vez más... Ha sido ella quien me ha puesto en situación contigo y su “teoría del florecimiento interior de Lara”. Dice que te veía venir y que tenía la sensación de que, este vídeo, era el modo que tenías de decirnos que había llegado el momento... “De hecho”, me ha dicho, “seguramente llegue mucho más lejos de cualquier cosa de la que te enteres esta noche”...

Se hizo un silencio en el que hubo un interrogatorio directo en un cruce de miradas. Raúl le preguntó si había algo más y Lara respondió afirmativamente con una sonrisa de “momento complicado”.

—¿Qué más hay?

—Quiero ser webcammer —respondió Lara corriendo antes de querer arrepentirse de hacerlo —. Quiero ser webcammer —volvió a repetir con bastante más seguridad en sus palabras.

—Yo quiero hacerte fotos desnuda en espacios públicos...

—¡Hecho! —respondió Lara—. Luego acordamos los límites de las dos cosas...

Se hizo un breve silencio. Raúl se quedó entretenido unos segundos en lo que acababa de pasar y Lara estaba esperando que terminara de contarle. Porque todavía no sabía qué era lo de David.

—¡Que no has terminado de contarme! —dijo entonces para traerle de vuelta a la realidad.

—¡Ah! ¡Coño!... Pues... Me he llevado hablando con Paula hasta que, en segundo plano, he escuchado cómo me entraban tres mensajes seguidos de WhatsApp. Fuera lo que fuera, me ha parecido importante. Así que, lo he abierto sin colgarle a Paula y, cuando lo he visto, le he dicho que ya volveríamos a hablar; Que acababa de recibir un vídeo de mi jefe y me estaba esperando cualquier cosa.

—¿Cómo que un vídeo de tu jefe?

—Sí hija, sí. Como te lo cuento...

Entonces Raúl lanzó el mensaje de David a la tele. La conversación comenzaba con un “¡Tío! Tienes que ver esto”, a continuación la miniatura de un vídeo para reproducir, de unos doce minutos de duración y, por último, un “Quiero a esta tía trabajando con nosotros ¡pero ya!” que no dejaba lugar a dudas: el vídeo iba a ser subidito. Y, yendo la noche como iba, estaba claro que iba a encontrarse con algo grande.

Después de darle a Lara unos segundos para que leyera los mensajes, le dio al “play”.

—¿Te acuerdas que te dije que sospechaba que había cámaras en los reservados? Pues aquí la tienes...

Era un plano cenital, la cámara debía estar escondida cerca del techo. El objetivo, aunque estaba fijo, tenía zoom. Con el plano abierto se veía todo el reservado y, tras los visillos, buena parte del resto del local. Al acercar el zoom la imagen se centraba sobre el pequeño escenario.

El vídeo comenzaba con Josué subido ya sobre el pequeño escenario, con Cinthya en el sofá poniéndose a tono y Lara de pie con el móvil en la mano; Un poco antes de que David jugara con la iluminación del local para darle protagonismo al reservado sobre lo demás.

Y, poco después, lo que pasa es que Lara le da el teléfono a los del reservado de al lado y se

sube en el escenario a bailar con Josué y a poner todo el local animadísimo con su espectáculo improvisado de striptease.

A Raúl le llamaba la atención el comportamiento de Lara, claro, y le prestó atención hasta al más mínimo detalle en cada una de las dos veces que, de primeras, se había visto el vídeo.

Era la primera vez que veía a Lara subirse sus límites sexuales movida por el valor en vez de por el miedo y eso, a Raúl, le gustaba. Es cierto que, por otro lado, el vídeo exhibía unos restregones que daban miedo pero, sin embargo, al terminar el vídeo, estaban las palabras claves que habían hecho que Raúl, no solo no estuviera molesto por todo lo que acababa de ver, sino que, por el contrario, fuera el hombre más feliz del universo.

Al terminar de ver el vídeo y de dejar pasar unos segundos de silencio, repitió las palabras que le llevaron a la clave de su felicidad.

—Tú no te has corrido... —le dijo en voz alta y mirándola a la cara.

Y es por eso que, ambos, habían disfrutado como lo habían hecho del polvazo que acababan de echar en la terraza.

—No has podido estar en una parte de mi... ¿Teoría del florecimiento has dicho? Pero, evidentemente, sé a partir de qué momento es imprescindible que estés. Y, mis orgasmos, tienen que ser siempre contigo.

Se hizo de nuevo el silencio, un silencio tierno y cariñoso, en el que, sin tener que decirse nada, fueron poniendo en común todas las emociones que, hasta ese momento de final feliz, les había dado la noche. Estaban tranquilos, liberados.

—Así que webcammer —sonrió Raúl.

—Sí. Y... También he empezado a fumar hierba... Paula...

Raúl exageró la sonrisa. Se le leía un simpático “estás como las maracas de Machín”. Recibió la información y no le dio más importancia.

—Me ha dicho David que te ha ofrecido trabajo... Me ha pedido que te convenza porque sabe que hemos coincidido varias veces en el local.

—¿No sabe que fui la que te quiso comer la polla? Pensaba que sí... No. No voy a currar en el local. Los días que tú trabajes serán los ratos que yo aproveche para ir calentando al personal por la cam para empezar a tener orgasmos luego ya, cuando tú llegues.

—¡Ah! ¿Que tengo que estar yo?

—Es algo de lo que no hemos hablado, si lo dices por los límites. Y tenemos que hablarlo todo.

—Pero, que lo tienes todo ya pensando, ¿no? Pues entonces no me preocupo... Cuéntame, a parte de la experiencia, ¿Qué tal ha ido con lo demás?

—Según Cinthya, Saavedra cree que sigues enfadado con ella y tiene miedo a que, si te dice de montaros una orgía, le digas que no. Así que se ha inventado lo de la despedida para asegurarse que te va a tener desnudo delante de un montón de tías en bolas cuando te tiene. Te tiene muchas ganas...

—¿Vas a la despedida?

—¡Calla! Que no me querían invitar porque, como Saavedra sabe lo de que te quise comer la polla en el reservado, decía que, si me veías, te iba a cortar el rollo y le iba a joder el plan... Le he dado la vuelta y he terminado convenciendo a Cinthya de que, ese asunto, tú y yo lo tenemos más que superado y que, ahora, soy una clienta esporádica del local, que te da buen rollo.

—¿Por tanto?

—Por tanto Cinthya hablará con Saavedra para invitarme porque soy su amiga más guay para

compartir una orgía. Bueno, su segunda amiga más guay, que Cinthya es la sumisa de Saavedra... Total, que si Saavedra no se fía, puede preguntártelo a ti porque le he dicho que tú confirmarás mi versión. Todo dependerá de las ganas que tenga Saavedra de darle una alegría a su amiga... Y me parece a mí que se la va a dar. Así que tendremos noticias estos días.

Volvió a hacerse el silencio unos segundos.

—Parece que vas a tener razón —comenzó a hablar de nuevo Lara—, que existe Saavedra la buena y que nos hemos cruzado con ella... ¿Qué te hizo para que crea que estás enfadado con ella?

Raúl tomó aire y resopló sin decir nada. Se mordió de manera imperceptible el labio de abajo y reordenó las palabras antes de hablar.

—Saavedra nunca será mujer de un solo hombre. No, al menos, mientras siga resultando atractiva para dos o más. Al final siempre, aunque lo tenga todo, vuela y se reinicia... Me engañó vendiéndome lo contrario y, al final, me la vino a hacer cuando más falta me hacía: después de que, ella misma, fuera la que me empujara a embarcarme en el negocio de la asesoría...

Se quedó callado. El negocio de la asesoría era el responsable de que la economía de Raúl hubiera sido tan deficiente y peligrosa como lo estaba siendo hasta que empezó a trabajar de stripper. Era una deuda que arrastraba de hacía años, que se había hecho enorme y que, aunque Lara sabía su procedencia, se estaba enterando en ese momento que tuvo que ver con Saavedra.

A Raúl le dolía particularmente que, durante un tiempo, Lara había que soportar el mantenimiento de la economía doméstica por un problema que él arrastraba con otra mujer: le parecía totalmente injusto y esa era la principal razón de sus tensiones. Luego, una vez resuelta la deuda, y con la perspectiva del tiempo, Raúl había tenido oportunidad de reevaluar las circunstancias en las que Saavedra se la jugó y, simplemente, lo había entendido y lo había perdonado.

Una vez que fue capaz de perdonarla, tuvo la ocasión de volver a ver a “Saavedra la buena” en sus recuerdos y, aunque apareciera de extrañas maneras de nuevo en su vida, quiso darle un voto de confianza a aquel reencuentro. Y parecía no haberse equivocado.

—Pues se siente culpable... —respondió Lara.

Volvieron a guardar silencio unos segundos. Estaban descartando la sospecha de que Saavedra hubiera querido jugársela a ambos de alguna manera y, ahora que sabían cuál eran las verdaderas intenciones de aquella historia, se estaban dando cuenta de las muchísimas ganas que ambos tenían de montarse aquella orgía y de hacer las paces con Saavedra.

Y Lara, que conoce a Raúl como si lo hubiese parido, continuó hablando.

—Le vas a escribir tú como tarde más de lo que creas estrictamente necesario, ¿Verdad?

—Sí, pero no le voy a decir todavía todo lo que sé... Ni sé tampoco lo que le voy a decir.

Cogió el móvil para buscar un fotograma exacto del vídeo que le había enviado David y dejó la imagen congelada en la tele cuando lo encontró. La cámara ofrecía su plano cenital, con el zoom bastante abierto. Sobre el pequeño escenario del reservado, Lara estaba de pie frente a Cinthya, con las piernas levemente abierta y echada hacia delante: sosteniéndose las manos en las rodillas y con el culo en pompa. Josué estaba justo detrás, completamente desnudo, empotrado contra ella. Le asomaba el capullo apuntando hacia arriba entre los cachetes de Lara que, con el culo, le tenía bien protegida el resto de la polla. Cinthya estaba en el sofá sentada, abierta de piernas y masturbándose mientras les miraba. A la veintena de clientes que había en el resto del local, se les veía haciendo palmas. Ellos veían a Josué de espaldas.

—Me interesa más esto —dijo refiriéndose a la pantalla—. Cuéntame cómo estás...

Lara sintió que Raúl era adorable. Sintió la felicidad de comprobar que su relación era

magnífica. Y como ciertamente lo era, quiso seguir haciendo de ella una suma de momentos inolvidables y le hizo un regalito a su novio.

—Coge el móvil para hacerme fotos... Que te lo voy a contar en el garaje...

Se levantó del sofá y se fue al dormitorio en busca de una bata de seda que se echó por lo alto. Cogió las llaves y el móvil, se las echó a los bolsillos y, mientras Raúl reaccionaba, se sentó en el sofá para anudarse unas sandalias romanas de cuña que se había puesto como calzado. Raúl se puso un pantalón deportivo, una camiseta y unas sandalias y se marcharon de casa para bajar al garaje por el ascensor.

Lara no se anudó la bata en ningún momento, ya tendría ocasión de hacerlo si es que se cruzaban con algún vecino. A Raúl se le hacía cada vez más grande el bulto que le colgaba bajo el pantalón deportivo. Al entrar al garaje, tras encender la luz y darle el móvil a Raúl, Lara se encargó de que la bata estuviera siempre bien abierta mientras comenzaba a pasear posando para las primeras fotos.

—Tenía un dilema conmigo misma —comenzó a decir—. A nivel sexual estaba dando unos pasos que jamás pensé que habría dado y, muchas veces, me escandalizaba de mí misma y no me reconocía. Sin embargo, no solo hacía las cosas que hacía sino que, además, resulta que al final me terminan gustando... Había un choque. Sabes lo que te digo, ¿no?

Raúl asintió. Entonces Lara se quitó la bata y siguió paseando por el garaje con ella, sujetándola desde el cuello con un dedo a modo de percha, cara que le cayera extendida por la espalda.

—Al principio te eché la culpa a ti. Me escondía en un “son las cosas que a él le gusta hacer” y que, por eso, las hacía. No me gustaba verme en ese rol. Pensar así solo servía para humillarme y para que, cada vez, te fuera cogiendo más manía. No me parecía justo con todo lo que los dos hemos pasado para llegar hasta donde hemos llegado. Pero es que, además, me gustaba. Tenía que aceptar que me gustaba. Tenía que abandonar los viejos límites y descubrir dónde y por qué pongo los nuevos. Sabía que tú, con tus cosas, me ibas a ir proponiendo experiencias nuevas pero, a parte, quería saber las que se me ocurrían a mí por mi lado. Me sigues, ¿No?

Raúl volvió a asentir sonriendo. De hecho, sentía que la estaba siguiendo bastante bien porque, en los momentos oportunos, había conseguido sacar buenas fotos. Así que, la seguía tan bien, que no se le estaba escapando detalle.

—¡Genial! —continuó diciendo Lara—. Porque así ya te puedo contar lo siguiente.

Habían llegado a la altura de su coche. Sacó las llaves de la bata, que dejó sobre el capó, y pulsó el mando de la puerta del garaje.

—A mí lo que me pone es esto —dijo mientras caminaba desnuda, con las llaves en la mano, hacia la puerta del garaje, que se estaba abriendo—: ¡El exhibicionismo! Estar expuesta a que me vean pero sin saber quién me puede estar viendo... Y jugar con eso de cruzarme con alguien inoportuno... Si entrara ahora mismo algún vecino —dijo señalando ya a la rampa exterior por la que empezaba a caminar—, sabría resolverlo de una manera distinta para cada uno y regalándote, además, la foto más acertada.

Lara estaba saliendo a la calle completamente desnuda y sin nada con lo que cubrirse en un mal momento. Raúl estaba cachondísimo.

—Ya puede verme cualquiera —siguió diciendo sin detenerse—. Y ya estoy yo con el calentón loco. Ya veo que tú también... El caso es que, ahora mismo, estoy cachonda porque, la gente que pudiera verme sin darme cuenta, no puede reconocerme. Si se asoma alguien del primero se le caza en seguida... Bueno pues, esta excitación en un entorno seguro, es la que me anima a hacer

cualquier cosa que quepa en este entorno seguro. Como, por ejemplo, que me hagas unas fotos sobre un coche de la calle...

A las dos de la madrugada de un viernes a un sábado no solía haber mucho movimiento en la calle en que vivían. La gente en los edificios dormía y prácticamente no había tráfico. De la rampa del garaje al portal del edificio había alrededor de veinte metros y, a la acera de enfrente, unos doce. La calle tenía aparcamientos en línea a ambos lados y se iluminaba por farolas naranjas que pendían de las fachadas de los altos edificios, de entre ocho y doce plantas, que la delimitaban.

Lara se subió al capó de un BMW azul metalizado y comenzó a posar ofreciendo las primeras imágenes explícitamente sexuales. Se masturbaba insinuantemente, abriendo las piernas tanto como podía y manteniendo la espalda erguida mientras Raúl le hacía fotos.

Buscando planos cada vez más generales, Raúl se fue alejando poco a poco del coche en el que Lara seguía jugueteando. Hasta que llegó el momento en que descubrió que, lo que de verdad le estaba excitando, era precisamente alejarse y ver a Lara más sola. Todo lo que él se fuera alejando, podría ser la seguridad que Lara tenía en sí misma. Y empezó a comprobarlo.

A cincuenta metros de Lara tenía la polla que le iba a estallar. Ella seguía en lo alto del coche sin achantarse. Entonces, en el extremo opuesto de la calle, vio a alguien que doblaba la esquina desde la avenida y que se acercaba por la acera en la que estaba Lara. La avisó con un movimiento de cabeza mientras caminaba de regreso hacia ella.

Lara giró la cabeza y, a unos veinte metros, la luz de la farola iluminó la cara del transeúnte. Era Víctor, el hijo adolescente de unos vecinos del noveno. En cuanto supo de quién se trataba, se tranquilizó y decidió quedarse como estaba mientras que Raúl llegaba; Que llegaría hasta ella antes que Víctor, seguro.

Cuando Raúl llegó a su altura se bajó del coche y, juntos, recorrieron los cinco metros que les separaban del portal del edificio. Raúl se sorprendió, pensó que correrían de nuevo hacia el garaje. Ese movimiento, por el contrario, esa encontrarse sí o sí con el muchacho. Víctor llegó a su altura cuando Lara ya había metido la llave en la cerradura.

—Buenas noches —le dijo Lara al muchacho cuando les alcanzó.

Víctor respondió un vergonzoso “buenas noches” y bajó la mirada. Sin embargo, mientras cruzaban el portal no podía evitar ir examinando todo lo que veía de Lara. Ella, además, se mantenía erguida y firme en el caminar, como si andar desnuda por la calle fuera lo más normal del mundo. Raúl no le quitaba ojo al muchacho y se lo estaba pasando igual de bien que él.

Al entrar en el ascensor, Lara marcó las dos plantas en la botonera: el octavo, a donde iban ellos, y el noveno, a donde iba Víctor.

—Y tienes que hacerme la foto, ¿no? —dijo, preguntándole a Raúl, cuando el ascensor comenzó a moverse.

Sabía que Víctor levantaría la mirada al escucharla.

—Esto es lo que pasa cuando pierdes una apuesta —empezó a decirle Lara al muchacho—, que hay que arlar. ¿Quieres hacerte una foto conmigo? Me la tengo que hacer cada vez que nos cruzamos con alguien. Y puedes mirarme lo que te dé la gana.

Piso segundo, tercero, subiendo... Raúl preparó el móvil, dispuesto a hacer esa foto y Víctor, cuando picó el anzuelo, no dudó en entretenerse mirándole el coño a Lara.

Jugando con el espejo, Raúl consiguió dos planos de cada uno y una fotografía estupenda.

—Dime tu número...

—Seis, uno...

—Ahora te la mandamos.

El ascensor se detuvo en el octavo y, Lara y Raúl, se despidieron de Víctor con un buenas noches. Cuando el muchacho llegó a su casa, todos dormían. No había terminado de llegar a su dormitorio cuando sintió la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón. Entró a oscuras en su cuarto, se sentó en la cama y abrió el mensaje.

Le habían enviado la foto pero difuminando la cara de Lara. Se la veía de cuerpo entero, morbosa y excitante y a él mirándola. Y, con la foto, iba un mensaje.

—Si alguien se entera, puede que no vuelvas a verme ar mis apuestas —decía.

—Te has dejado la bata en el garaje —dijo Raúl mientras volvían a acomodarse en el sofá.

—Seguro que mañana, cuando me vaya a ir a casa de Paula, sigue ahí. Tranquilo...

—¿Te quedas tranquila con el muchacho y lo que haga con la foto?

—Seguramente la foto ya ha salido de su teléfono, pero nadie puede afirmar que yo soy la chica desnuda. Estoy a salvo. ¿Te parece un límite aceptable para esta y cualquier otra foto que sea potencialmente susceptible de terminar en Internet? A mí me da morbo...

—A mí también me lo da —respondió Raúl.

—Y antifaz con la webcam —terminó de decir.

Había entendimiento en sus miradas, como si estuvieran firmando un pacto en el que ya se recogían los límites más generales de aquel nuevo universo sexual que se proponían construir. Se sonreían sin decirse nada...

—Tengo muchas ganas de “orgía Saavedra” —confesó Lara—. Puedes decirle quién soy y que lo digo con esas mismas palabras.

—Eso me lo tienes que contar bien...

Raúl se desnudó de nuevo y se acomodó en el sofá para empezar a comerse el coño de Lara. La miraba mientras, con la lengua, dibujaba ojos sobre los labios inferiores; Esperando escuchar las primeras palabras de Lara.

—Tengo muchas ganas de recibarte desnuda con otro puñado de lobas. Y de que bailes y te dejes que te vayamos haciendo todo lo que nos dé la gana mientras te desnudas. Tengo muchas ganas de que le sigas el juego a Saavedra cuando te proponga pasar a mayores... Que haga contigo lo que quiera, que le hagas lo que te dé la gana... Quiero que me veas follar por primera vez con una tía y quiero que grabes mi primer orgasmo lésbico. Quiero follar contigo justo a continuación. Que te luzcas cuando me folles, ¡Que te luzcas cuando nos folles a todas! Quiero que haya tantos orgasmos que te conviertas en leyenda... Quiero follar con Saavedra, ¡por lo menos dos veces! La primera para darme el gusto de gozarla a placer y, la segunda, para que ella te coma la polla mientras yo me la follo y, de las dos, yo sea siempre la más cerda de las putas. Porque yo quiero ser siempre la más cerda de tus putas.

Con ese relato es normal que el calentón se les disparara de inmediato. Raúl encontró los movimientos perfectos de lengua para estimularle el clítoris a voluntad y, coincidieron en el oportuno punto y final. Lara se llevó un orgasmo de tal calibre que los espasmos hacían que despegara el culo un palmo del sofá.

—¡Japuuuuuuutaaaaaa! —la voz de mujer de la presunta vecina del cuarto, se escuchó por segunda vez en la noche; Entrando por la abierta puerta de la terraza.

Los días siguientes todo se desarrolló según lo previsto. El sábado, estando en casa de Paula, Cinthya le envió un mensaje a Lara diciéndole que había quedado con Saavedra para contarle lo de la noche anterior y que, sobre todo, iba a decirle de apuntarla a la fiesta. El domingo por la tarde, fue Saavedra quien inició una conversación con Raúl.

—Quiero comentarte una cosa —le decía por mensaje—. Cabe la posibilidad de que, en la

despedida, esté la chica que te quiso hacer aquello... ¿Sabes lo que te digo?

—¿Quién? ¿Lara? ¡Estupendo!

Saavedra se sintió amenazada. En el fondo no quería que fuera cierto eso que le había contado Cinthya: Que una tía le daba buen rollo.

Tardó un par de segundos más de la cuenta en decir nada, los suficientes para que Raúl se diera cuenta de lo que pasaba realmente: era algo más que el sexo lo que estaba moviendo a Saavedra a organizar aquel tinglado. Se sintió culpable entonces de no contarle la verdad sobre Lara, pero decidió mantenerlo en secreto un poco más hasta que pudiera decidir cuál era la mejor manera de manejar aquella información.

Saavedra quería enterarse de todo sobre Lara y Raúl la vio venir y le fue dando los capotazos oportunos. Ella estaba celosa y él tenía que disimular. Entonces cesaron los mensajes y el teléfono comenzó a dar tono de llamada. En la pantalla ponía “Saavedra”.

Cuando terminaron de hablar, Raúl le envió un mensaje a Lara, que estaba en casa de Paula.

—Cinthya te va a escribir en breve. Son buenas noticias.

De nuevo volvió a sonarle el móvil. Raúl descolgó.

—Dime, corazón.

—Manos libres, ¿Qué ha pasado?

—Saavedra se huele que estamos juntos.

—¿¡Y eso te parecen buenas noticias!?

—Sí. Porque ahora tiene interés por conocerte y por saber si nos llevamos algún juego entre manos.

—¡¿Y ESO TE PARECEN BUENAS NOTICIAS!?!

—Ha aceptado el riesgo. Lo consiente si es que es verdad... No vamos a actuar a sus espaldas. Y, además, si le da por jugar ella también, que es evidente que va a hacerlo, se va a ir poniendo más... ¿Cómo lo diría? ¿”Divertidamente bruta”?... ¡Vamos! Que hasta nos va a costar no reírnos ante la evidencia.

—¿Le molestará si jugamos a confundirla?

—Lo que le molestaría es que no lo hiciéramos.

—Mensaje de Cinthya —apareció en la pantalla del móvil de Lara mientras hablaban.

—Acaba de llegarme la invitación.

—¿Tan pronto? No cabe duda, Saavedra se lo huele. Disimula con Cinthya, igual le ha dicho algo. Aunque, conociendo a Saavedra, este juego va a querer jugarlo ella sola contra nosotros. Hablamos luego. Te quiero. ¡Paula! Hasta luego, bombón...

—¡Chaito! —respondieron Lara y Paula al unísono.

Lara cogió el teléfono, Cinthya seguía escribiendo. Efectivamente le estaba diciendo que contaban con ella para la despedida. Le dijo el dinero que tenía que poner y la añadió al grupo de WhatsApp en el que estaban el resto de tías que iban a ir también. Después de los saludos y las presentaciones iniciales, Saavedra calentó un poquito el ambiente, tal y como Cinthya había dicho que solía hacer.

—Lara, ¿A ti qué te parece una despedida de soltera en la que todas terminan desnudas?

—Una buena despedida de soltera. Sin lugar a dudas.

—¿Y si ya están desnudas antes de que llegue el stripper?

—Entonces es una muy buena despedida de soltera.

—¿De verdad que no hay quien te reconozca! —le dijo Paula a Lara después de ver la charla que mantenía en el móvil.

—Pero estoy muchísimo mejor ahora que antes —respondió Lara dejando el teléfono sobre la mesa—. No me digas que no...

Paula asintió reconociéndolo y se quedaron de charla un rato más hasta que Lara se marchó de nuevo a casa. Todo estaba listo y en marcha. Comenzaba la cuenta atrás que, al final de la semana, iba a llevar a Lara y a Raúl a participar en su primera orgía. ¡Y no una primera orgía cualquiera, sino aquella primera orgía!

Entre semana, en el grupo de WhatsApp, los diferentes ratos de charla le habían permitido a Lara hacerse una composición de personajes y tomarle la medida a cada una de las otras ocho chicas; Saavedra y Cinthya incluidas. De las seis desconocidas había un par que, como decía Cinthya, no se les pillaba bien el punto. Sin embargo, de las cuatro que quedaban, tres eran susceptibles de dejarse llevar si se las dirigía correctamente y, la última, la última era un sol. A Lara le parecía un grupo curioso y morbosos para una orgía.

Y ya no se escandalizaba al imaginarse a sí misma comiendo coños. De hecho, tenía muchas ganas de probar los de la orgía y hasta se había masturbado ya en alguna que otra ocasión fantaseando con la escena. Sin caer en la ninfomanía, Lara era un ocho y medio en desinhibición sexual y se llevaba todo el día con la excitación en la piel: aunque fuera a ralentí.

El viernes por la tarde estaba especialmente cachonda. Estaba en casa, eran poco más de las siete de la tarde y Raúl acababa de irse al trabajo. Ya no se veían hasta poco después de medianoche. No hacía más que recordar escenas de todo lo de la semana anterior, de la experiencia que había vivido en el local. Se cumplía la primera semana de su nuevo yo, ese que había tenido un “minuto cero” tan excitante e inolvidable como lo vivido en el reservado.

Se desnudó, se encendió un canuto y abrió la puerta de la terraza. Tenía en el dormitorio la caja con la webcam WiFi que se había comprado y estaba decidida a dejarla montada y probada esa misma tarde.

No le resultó difícil y, antes de que terminara de anochecer, ya veía en la tele las imágenes que lanzaba la web cam y había empezado a trastear las posibilidades de la app.

—Ya estás a la vista de todo el mundo... —suspiró—. ¡Hostias!

Se levantó corriendo del sofá y volvió a su cuarto a por el antifaz, que también lo tenía ya listo. Era liso, de seda negra, sin ningún tipo de adorno. No lo necesitaba: La verdadera singularidad y belleza del antifaz estaba en la silueta totalmente irregular que lo recortaba por el exterior y la silueta de los ojales. Lara estaba tan deseable como irreconocible con él puesto.

Se volvió a tirar en el sofá, cogió el móvil y dirigió la cámara, que había colocado en una leja a la altura de la tele, para buscar el encuadre que más le convenciera. Cuando lo tuvo, posó recostada, con las piernas abiertas y tapándose el coño con el móvil que, desde el vientre, sujetaba con la mano muerta. Le mandó la foto a Raúl.

—Tengo un problema —escribió.

—¿Quién eres? ¿Qué haces con el móvil de mi mujer? —respondió bromeando con los emoticonos oportunos—. Cuéntame, ¿Qué te pasa? —escribió a continuación—. Por cierto, ¡Me encanta el antifaz!

—Pues, que... Verás... —comenzó a escucharse en un mensaje de voz—. ¡Que estoy muy cachonda! Y... Y que tengo ganas de ponerme juguetona pero me da miedo que luego, cuando llegues, esté “cansadilla” y no sea justa contigo...

—O también podrías estar incluso más cachonda de lo que estás ahora... —respondió Raúl por escrito.

—Me gusta como piensas —Lara también escribió.

Raúl estaba enamorado de la seguridad de su novia y de que, por fin, fuera consciente por sí misma de que avanzaba y crecía desde el valor, y no desde el miedo. Sabía también que Lara tenía cabeza y, como se tenían medidos los límites, incluso los que no estaban medidos, le hizo una última pregunta para asegurarse.

—¿Y no vamos a estar luego muy cansados para nuestra orgía de mañana?

—No porque tenemos para dormir como angelitos hasta después de comer. Incluso hasta después de la peli de vaqueros... Lo que vamos a hacer es ponernos a punto...

A Raúl le pareció suficiente.

—Pues, si lo tienes todo previsto, empieza tú y, luego, me apunto yo cuando llegue. Te dejo, que me toca ensayo para escenario. Pero que sepas que mi mente perversa ya me está advirtiendo de que, por tu culpa, esta noche pierdo yo en algún momento el paso.

—¡Venga, niñas! Que hay que adecentarse los bajos...

Lara se despertó por las continuas vibraciones de su teléfono cada vez que le notificaba un nuevo mensaje. Se desesperó con la sensación de haberse pegado la sobada de su vida y estaba desorientada. Por la luz que le entraba por la ventana del dormitorio, se situó por encima de las tres de la tarde. Raúl seguía dormido a su lado. Cogió el móvil para ver qué jaleo era ese y se encontró con ese mensaje de Saavedra como el primero de más de cien que, de nuevo, habían comenzado a producirse insistentemente en el grupo.

—Buenos días —escribió aún medio dormida.

Por lo que había prestado atención al empezar a leerlo todo, Saavedra había comenzado con la broma desde por la mañana y, una de las dos raras del grupo, se había puesto borde de más defendiendo la postura de no querer que hubiera un desmadre. A la hora de las cervezas reventó el grupo. La otra rara intervino y se armó una bronca considerable. Tanto es así que, a parte de las dos raras, también se había ido del grupo la desconocida que mejor que le caía a Lara; De lo que se habían tratado por WhatsApp, claro.

—Qué pena. Con lo bien que me había caído —pensó.

Había comenzado a escribir para sumarse a la conversación, que ya iba por la opinión de Saavedra, Cinthya y una de las otras tres que quedaban, acerca de la discusión, cuando se encontró con que Saavedra le respondía.

—¿¡Cómo que buenos días!? ¿A qué hora llegaste anoche, bandida? ¿Qué estuviste haciendo?

Tener a la vista del rabillo del ojo el culo de Raúl estuvo a punto de provocarle un disgusto porque iba a haber dicho una imprudencia. Se contuvo poco después de haber empezado a borrar lo que ya tenía escrito y reaccionó.

—Pero, por nosotras, lo de esta noche sigue en pie, ¿No?

Saavedra, Cinthya y Marta, que es como se llamaba esta “desconocida”, respondieron afirmativamente de inmediato pues estaban siguiendo la conversación.

—A ver qué dicen estas dos... —dijo Marta refiriéndose a Lola y a Noe, las otras dos desconocidas.

La charla continuó por la inevitable reestructuración presupuestaria y otros detalles a repasar. Habían quedado a las nueve en casa de Saavedra, se habían pasado la ubicación por el grupo. El plan era cenar, ambientarse y estar ya dispuestas a una inolvidable noche de sexo cuando, a las once, llegara el stripper.

Lara volvió a mirarle el culo a Raúl. Ahora sí, con detenimiento y recreo.

—¡Ay! Si supierais... —suspiró...

Al ir espabilándose y al hablar con ellas, Lara había tenido la oportunidad de ir tanteando el

terreno. Saavedra que, según Raúl, sospechaba que salían juntos, no parecía haber soltado ningún primer tirito más que ese “¿Qué hiciste anoche?” que, por otro lado, también podía ser totalmente inocente. Además. Había podido esquivarlo. Y, por su parte, Cinthya tampoco parecía que supiera nada.

—Con la que, el stripper y yo, liamos anoche —terminó de decir en el suspiro.

Lara, que se había llevado cachonda y masturbándose durante toda la tarde y la noche anterior, terminó yéndose a esperar que Raúl saliera del trabajo y se montaron una sesión de exhibicionismo y fotos pornográficas en cinco espacios distintos de la ciudad. Luego, de vuelta a casa, habían rematado la fiesta hasta caer rendidos en la cama alrededor de las seis de la mañana.

Se levantó de la cama, se puso un tanga y una camiseta, cogió el móvil y se fue al salón. Encendió la tele, dio un viaje a la cocina con las cosas que se habían quedado por medio por la noche y, como se suele decir, empezó a funcionar. Encendió la cafetera, se preparó su café y dejó en la jarra para que Raúl se preparara el suyo cuando se levantara, cogió el mando de la tele para ponerse algún programa entretenido tipo ranking de cosas divertidas y, cuando lo encontró, empezó a disfrutar del café y entabló una charla con Paula, que también le había enviado un mensaje.

—¡Pedorraaaaa! ¿Te va a dar tiempo a venirte para el café?

—¿Qué va! —empezó a escribir Lara—. Si me acabo de levantar de la cama y Raúl está todavía frito... Me estoy tomando un café ahora, pero es el del desayuno. Jajajajajajja...

Eran algo más de las cuatro y media de la tarde. Si tenía que estar a las nueve en casa de Saavedra, el tiempo ya se le estaba empezando a apretar para las cosas que quería hacer.

—Quiero pasar hoy todo el día con Raúl —continuó escribiendo Lara—. Me siento el cuerpo raro; Una mezcla entre nervios, inseguridades, excitación...

Por mucho que quisiera no pensarlo, Lara seguía teniendo sus dos demonios en uno: Que Saavedra volviera a levantarle otro novio, que Raúl la dejara...

—¿Ha pasado algo? —respondió Paula—. Porque, hasta ayer, estabais divinamente.

—¿Y si se me está yendo tanto la olla solo porque me aterra que Raúl me deje? ¿Y si me estoy engañando a mí misma?

—¡Nena! ¡Para! ¿Qué dijimos el día del “quiero follar contigo”?

—Tienes razón...

Una de las últimas tardes en casa de Paula, Lara le había contado que, sentía tanta curiosidad por disfrutar carnalmente del sexo lésbico, que quería follar con ella después de que pasara lo de la orgía con Saavedra y las demás. Aquella confesión, aparte de una conversación bastante al límite entre amigas, trajo como reflexión que aquella era la evidencia de que Lara actuaba por curiosidad propia. Si solo actuara por inercia, no habría tenido interés por ir más allá de la orgía ni de cualquier otra propuesta de Raúl.

Raúl salió del dormitorio.

—Hay café recién hecho en la cocina —le dijo Lara mientras él se perdía en esa dirección de la casa.

—¿Seguro que tengo razón? No hay emoticonos en esa frase para saber con qué intención lo estás diciendo. Igual me estás dando la razón como a las tontas...

—No, que sí... Que tienes razón. Si, con la que lié ayer, debería haberme quedado cristalino. Pero es que, tal vez, sea eso. Que, lo de ayer, me haya parecido exagerado...

—¿Qué liaste ayer?

Le envió una foto. En ella, de rodillas sobre el sofá, con las piernas levemente abiertas, el

cuerpo erguido, las tetas comprimidas y reventonas entre los brazos que bajaban rectos a posar las manos sobre el coño, completamente desnuda y tocada solo con un original antifaz, Lara se exhibía en un juego de luces que ofrecía el contraluz que entraba desde la puerta de la terraza y le iluminaba medio frontal del cuerpo, dejando la otra mitad a la sombra.

—Invité al vecino del ascensor de la semana pasada a que viniera a casa a hacérmela.

—¿¡Qué!?! ¿¡Cómo!?!

—Después de que le pillara viéndome como me restregaba contra la barandilla de mi terraza en mi segundo orgasmo.

—¿Con quién hablas? —le preguntó Raúl a Lara al regresar al salón con un café en la mano y completamente desnudo.

—Con Paula —le respondió—. Estaba empezando a contarle lo de ayer.

Raúl se mordió el labio, cerró los ojos y negó con la cabeza en un inconfundible gesto de “¿Qué disparate!” y luego, después de volver a abrir los ojos, sonrió y le dio un beso a su novia antes de sentarse en el sofá junto a ella.

—¿Y cómo estás?

—Genial. Chipendilerendi —le respondió su novia con una amplia, sincera, nostálgica y feliz sonrisa en la cara.

Se detuvo a hacer un breve repaso de su vida porque sentía que, lo que estaba descubriendo, era realmente de vital importancia. Suponía hacer un repaso emocional desde el día en que nació hasta ahora; El punto y final a una historia de negación que terminaba en aceptación y de relevante índole sexual. Con todo lo que eso implicaba.

Se lió un canuto y lo compartió con Raúl mientras rememoraban diferentes revelaciones morales, banales y sexuales. Hablaban de todo un poco sin poder evitar ninguno de los dos que, los recuerdos referentes a situaciones sexuales, les fueran despertando cierta excitación.

—¿Dónde he estado escondida todo este tiempo? —se preguntaba Lara.

—Preparándote para el día de hoy —le respondió Raúl.

—¡Ostia qué buena respuesta!

Era el resumen perfecto. Lara estaba renaciendo o, mejor dicho, florecía porque no era un volver a empezar sino, en realidad, un soy completamente distinta al antes pero, también, gracias a él. Y, ese completamente distinta, no solo la había cambiado a nivel sexual sino, en realidad, en todo su ser.

Y estaba encantada, Raúl había aparecido para cambiarle y mejorarle la vida. Estaba genial, chipendilerendi.

—¿Cómo estás tú? —le preguntó entonces Lara a Raúl.

—Yo me casaba contigo —fue su respuesta.

Le provocó la sonrisa aunque jamás se hubiera imaginado escuchar esa respuesta. Se sintió feliz y se acercó a darle un pico cariñoso a su novio. Luego volvió a acomodarse como estaba en el sofá y, mirándole con gesto cómplice, simpático y bromista, le respondió.

—¿Sabes? Creo que yo también empiezo a pensar lo mismo...

Y, la imagen de ella dando una calada, sirvió para que cada uno se perdiera en sus propios pensamientos.

Eran cerca de las cinco y media cuando, después de la charla y el momento personal, Raúl se levantó del sofá para empezar a arreglarse. Se iba de compras. Lara iba a dedicarse la tarde a sí misma. Quería darse una buena ducha, echarse buenos potingues... Dedicarse, vamos, lo que viene siendo darse un capricho. Y, como la despensa y la casa padecían ciertas carencias, él iba a

aprovechar ese rato. Así que se dio una ducha, se vistió, cogió un par de bolsas de rafia y el carro de la cocina, y se fue tras despedirse de Lara con un cariñoso y prolongado beso en la boca.

—¿Te veo antes de que me vaya? —le preguntó ella.

—Supongo que sí —respondió él.

Lara cogió el móvil tras despedirse de él, había zumbado varias veces. Abrió el WhatsApp, eran mensajes de Paula.

—¿¡¡Que qué!!? ¿¡Cómo!?! ¿¡Hola!?! ¿Estás? ¡Eeeeeeeooooooooo! ¿Hay alguien? —se leía en varios bocadillos sobre la pantalla.

Lara retomó por donde se había quedado: Por el segundo orgasmo en dirección a la foto. Es decir, hacia adelante.

—¡No! ¡No! —leyó entonces en la pantalla—. Me lo cuentas desde el principio.

Y, sin salir de whatsapp, Lara le hizo una videollamada y empezó a contarle.

La tarde anterior, después de que Raúl se fuera, Lara comenzó por instalarse la web cam sobre la tele del salón y por empezar a trastearla. Se había desnudado, había estrenado el antifaz que se había comprado para su nueva afición y, sin llegar a emitir, había comenzado a buscar posturas y frases para sus momentos de emisión.

Eso la había ido poniendo cachonda hasta el punto de que, en el sofá, se masturbó por primera vez hasta llegar al orgasmo. Y, con aquello, todo lo que había conseguido era tener unas ganas locas de llegar al segundo.

Y, para el segundo, decidió salirse a la terraza.

Le ponía muchísimo que la vieran, le encantaba. Se disparaba en cualquier escena de exhibicionismo que tuviera bajo control y la terraza era una de ellas. De hecho, salió con el firme deseo de coincidir con el vecino de en frente y ofrecerle el homenaje que se iba a dar.

El vecino de en frente no salió pero Ángel, el joven de arriba, sí que estaba observándola desde la terraza de su casa, que se queda retranqueada unos metros sobre la de Lara. Ángel era el chaval que a la había visto desnuda la semana anterior, la noche que salió a la calle desde el garaje del edificio, que Raúl le había hecho las primeras fotos sobre un coche aparcado y en la que, al volver a entrar al edificio desde el portal, subió desnuda con Ángel y con Raúl en el ascensor. Aquella noche Lara le había regalado su primera foto desnuda al muchacho, en la que se tapó la cara con un efecto fotográfico y, después de encontrarse en la tesitura de las terrazas, eso había desembocado que, la segunda foto que iba a regalarle, se la haría él mismo y ella posaría tapándose la cara con un antifaz mucho más bonito que un triste efecto fotográfico.

Y, el asunto, terminó siendo un “in crescendo” que había terminado a las seis de la mañana.

Desde el teléfono de Lara, y porque así iba el juego, Ángel le envió la foto a Raúl y ambos estuvieron un rato charlando. El asunto terminó con el asentamiento de los límites de lo que pasaría a continuación: Ángel iba a fotografiar toda la desinhibición sexual que Lara quisiera desatar y, a cambio, tenía que encontrar las mejores fotos para reflejarlo. Raúl sólo puso una condición más: que fuera él quién, por motivos de trabajo, marcara los tiempos de la sucesiva conversación por mensajería.

No hubo ningún problema... Ni siquiera lo supuso el hecho de que no volviera a ocurrir hasta mucho después de que Lara hubiera vuelto a quedarse sola en casa.

Lo que ocurrió entonces fue que Ángel aceptó la invitación a desnudarse si quería, acompañó a Lara a su dormitorio y, empalmado y duro hasta terminar por correrse, aguantó y disfrutó todo lo que pudo mientras le hacía fotos a Lara. Ella, por su parte, tras regalarle una docena de poses que fueron pasando de “soy juguetona” a “no tengo freno”, terminó por quitarse el antifaz y por

correrse dos veces sin dejar de mirarle mientras seguía posando y se daba caña contra el coño con los dedos.

Lara ya llevaba cuatro orgasmos en el cuerpo y una situación súper desinhibida a las ocho y media de la tarde. Se había corrido una vez sobre su cama, con el antifaz puesto, mientras el joven Ángel la fotografiaba desnudo y se tocaba y, para el siguiente, le apetecía quitarse el antifaz y regalarle ese momento al vecino.

—En estas fotos no se me puede ver la cara, pero yo pongo de mi parte —le dijo justo después de quitárselo.

Se soltó el pelo y jugaron con posturas y ángulos. Los dos se masturbaban abiertamente, él sin dejar de hacer fotos y conectando fácilmente con el juego que Lara le daba. Hizo muy buenas fotos. Fue el “córreme la cara” de Lara lo que hizo que Ángel no dudara y se volviera loco hasta alcanzar el orgasmo, la fantasía y que terminara por llenarle de semen la cara a su vecina.

La frase “hazme una foto solo de la cara” y lo cerca que tuvieron los ojos para mirarse mientras se descargaba en su segunda paja sin control, fue lo que la llevó a ella a su cuarto orgasmo.

—¿Y qué tal las fotos? —preguntó Paula a esa altura de la charla.

Lara le envió tres o cuatro fotos y, al recibirlas y echarles un vistazo, en un acto reflejo Paula se recolocó el tanga metiéndose la mano por debajo del pantaloncito que llevaba puesto. Lara interpretó aquello como una reacción sexual y, con la excusa de ir a repararse la depilación púbica, se quedó desnuda delante de su amiga mientras seguían con la conversación.

Le contó que, tras el segundo orgasmo y la foto sobre la cama, volvieron al salón y, todavía desnudos, estuvieron un rato charlando sobre fotografía. Resulta que Ángel tiene talento para todo un proceso creativo que acaba tras la edición digital y, aquella noticia, alegró a Lara. En ese aspecto, los conocimientos de Raúl son menores y, el joven vecino, podía convertirse en un serio aliado de juegos.

Verse en algunas de las fotos que, tan solo con el móvil, Ángel le había hecho y editado, la puso de nuevo lo suficientemente cachonda como para masturbarse de nuevo delante del vecino. Y luego, por whatsapp, le regaló tres fotos: la primera que se hizo sobre el sofá y que le habían mandado a Raúl, otra bastante explícita pero sin cara después de haberse quitado el antifaz y la de la cara corrida.

—La última no se la puedes mandar a nadie. Las otras sí. Y me gustaría que me contaras lo que pasa con aquellos a los que se las mandes.

Ángel le corrió la cara por segunda vez.

—Y luego, al poco de marcharse y quedarme de nuevo sola en casa con mis pensamientos, fue cuando me dio el bajón —le dijo Lara a Paula en ese momento de la conversación.

Cinco orgasmos y dos lefazos en la cara, de otro tío que no era su novio, sirvieron para que se sintiera tan infiel como culpable. Se encontró de frente ante el que le parecía un punto de fractura insalvable y tenía que evaluarlo con detenimiento.

No le parecía suficiente justificación para defender la debida fidelidad el hecho de que no había mantenido contacto físico con el vecino. ¡La había lefado dos veces! O sea que, sí o sí, había tenido sexo con el vecino a espaldas de su novio. Y, eso, era para ella una infidelidad en toda regla.

Inmediatamente sintió la necesidad de contárselo a Raúl y, tomar esa decisión, le despertó otro pensamiento.

—La lealtad y la fidelidad... —pensó—. Temo no haber sido fiel pero me mantengo leal...

Se calmó. Ese argumento era muy bueno y quiso explorarlo en mayor profundidad. Además, al alcanzarlo se había dado cuenta de que no había prisa; Al menos, no la prisa que había sentido en ese momento y que se medía en minutos. No eran más que las nueve y media y no vería a Raúl hasta la medianoche.

Finalmente tuvo la revelación que la llenó de paz y felicidad cuando, una relación de ideas, hizo que la frase de Raúl esa de “lo que yo tengo contigo va mucho más allá de las cositas que me haces” le hiciera comprender que, su amor, estaba a salvo por la extrema complicidad y conexión que había entre ellos. No tenía por qué enfrentarse a sus preocupaciones ella sola cuando, a la vista estaba, que todo funcionaba mejor cuando lo hacían juntos.

—Y entonces se me ocurrió ir a recogerle al trabajo vestida solamente con la bata de seda — seguía contando Lara.

Llevaba en los bolsillos solamente el móvil y una tarjeta de crédito cuando se bajó del taxi que, a las once, la dejó en la puerta del local. Raúl ya estaba avisado. Se sentó en la oscuridad de uno de los taburetes de la barra y allí permaneció hasta que Raúl terminó con sus pases. Cuando se marcharon y se subieron en el coche de Raúl, Lara le contó lo que había pasado y sentido durante la tarde y cómo le apetecía pasar la noche. Y la complicidad que existía entre ambos convirtió en sonrisas todas las emociones. Lo de los lefazos del vecino no resultó ser un problema sino una virtud: seguridad y confianza.

—Y luego nos fuimos a follar y a hacerme fotos por ahí... En la farola de la Plaza Mayor, en la fuente de las Sirenas... Y nos han dado las seis y pico de la mañana.

—Y ya, hoy, con el remate —respondió Paula—. Ya no es que no te reconozca, porque ya me he hecho el cuerpo. Lo que no entiendo es donde te sale la energía para tanto...

—Es la excitación, que no hace más que darte fuerzas y ganas. ¿O me vas a decir tú que, cuando estás cachonda, no tienes ganas y fuerzas como para que te echen carros y carretas?

Paula se quedó callada ante la evidencia. A todo el mundo le pasa que, cuando estás en faena, nunca quieres que se acabe. Así de simple. Por tanto, si siempre estás en faena...

—¿Y tú? —le preguntó Lara—. ¿Qué plan tienes para hoy?

—Ninguno. Tarde y noche de perreo doméstico.

—Pues yo tengo ahora baño relajante con musiquita y demás. Si quieres apuntarte, tienes tiempo de sobra mientras preparo la bañera.

—¿Y me lo estarás diciendo en serio?

—Pues claro, ¿por?

—¿Pero tú es que no eres consciente del peligro que tienes!? Si me meto contigo en la bañera, puedo darme por follada.

—¿Te he dicho que tengo hierba en casa y un ribera del Duero que quita el sentido?

—¡Lara!

Lara se levantó del sofá y se fue al cuarto de baño. La casa tenía por capricho una bañera enorme que era un placer. Llevaba el teléfono en la mano, para mantenerse en contacto con Paula y que su amiga viera cómo repasaba los diferentes botes de geles, aceites y potingues de que disponía. Abrió el grifo del agua caliente y salió hacia la cocina para que se vieran las dos botellas de vino.

—Las últimas veces siempre ha sido en tu casa. Déjate de leches y no seas tonta. Media hora tienes...

En la pantalla, Paula permanecía inmóvil y en silencio.

—Venga, voy. Ahora nos vemos —y colgó.

Lara había abierto el grifo de la bañera sobre las seis, así que tenía hasta y media para que Paula llegara. El agua tardó unos pocos minutos en comenzar a salir caliente y, tras poner el tapón, Lara solo tenía que esperar porque lo tenía todo listo. Aprovechó ese tiempo para liar un par de canutos para después, revisó sus redes sociales y hasta mantuvo una breve charla en el grupo de whatsapp de la despedida.

Todas las chicas estaban ya en las previas de empezar a acicalarse para la fiesta posterior.

Paula llegó a casa de Lara y, tras una breve charla en el salón, se metieron en la bañera con su buena musiquita, sus copas de vino y su primer canutito. Lara le pasó el móvil a Paula, se preparó sugerente y traviesa con la espuma para posar para una foto y su amiga se la sacó. Luego la envió al grupo de la despedida.

Aquello provocó que las demás hicieran lo mismo y, cada una, se hizo un selfie en ese momento con lo que estaba haciendo y lo fueron enviando al grupo. Solo Saavedra y Marta estaban desnudas. Saavedra enseñaba teta sin pudor, además. Lara le pasó el teléfono a Paula para que le echara un vistazo a las fotos.

—Saavedra es el pibón que enseña teta —le dijo.

—¿Sabe algo?

—Parece que no. Ni Cinthya tampoco.

—¿Se lo vais a decir?

—Sí, claro. Pero no hemos decidido el cómo. Creemos que la noche nos dirá cuál es el mejor momento pero me sigue pareciendo arriesgado...

—¿No decís que es buena tía?

—Sí. Al menos lo parece, desde luego. Pero no es eso... Lo que me preocupa es que sea nuestra torpeza la que haga que se moleste. Me jode este seguir sospechando hasta el último momento y que, eso, me vuelva insegura. Es la puta desconfianza...

—Es tu sistema de alarma y no puedes perderlo —respondió Paula—. Y más aún teniendo en cuenta el historial que te traes con ella. Lo malo sería que no estuvieras así.

—Ya. Pero es una sensación que no me gusta y que solo la tengo con ella.

Se hizo el silencio durante unos segundos en los que se sostuvieron la mirada. Estaban metidas en la bañera la una frente a la otra, con la espalda recostada contra el filo y el agua por encima de las tetas. Tenían las piernas flexionadas y apoyadas también contra el borde, entrecruzadas y con los pies posados cerca del culo de la otra pero sin llegar a tocarse. Paula se incorporó para acercarse a recoger el canuto de la mano de Lara y, al hacerlo, no solo emergió las tetas del agua sino que rozó con el pie el culo de Lara bien cerca del coño. Lo retiró sin sobresaltarse exageradamente y dio una calada.

—Después de habernos hecho mil pajas juntas —comenzó a decir Paula—, cuando el otro día me dijiste que querías follar conmigo conseguiste ponerme nerviosa.

—Ya... —interrumpió de inmediato Paula.

—Pero aquí estamos y, ya ves, como si no hubiera pasado nada. Me fio de ti... Y sé que piensas lo que piensas pero que no vas a equivocarte. Tenemos puestas todas las cartas sobre la mesa y se lleva bien. Imagino que te falta tener con Saavedra la misma oportunidad que estoy teniendo yo ahora contigo. No tenéis todas vuestras cartas boca arriba... ¿Puede ser?

—Puede ser —respondió Lara.

—Pues entonces, por propia experiencia te digo que, si yo lo estoy llevando ahora mismo así de bien, tú, con todo lo que me llevas de ventaja, solo estás a un rato de llevarlo mucho mejor. No deberías preocuparte de desconfianzas, ni de torpezas. No te vas a equivocar.

—Podías venirte a la despedida —respondió con una exclamación lamento—suplicante Lara—. Me vendrías de lujo.

Se hizo un breve silencio.

—A parte de por otras varias cosas —comenzó a decir Paula—, ¿De verdad no te importa, o te pone, que folle con Raúl?

—A mí lo que me pone muy cerda es la libertad de exhibir cómo disfruto del sexo, poder mostrarle a alguien mis mas básicos instintos sexuales y el placer que me producen. Cuanta más confianza tenga con ese alguien a quien se lo enseño, pues mejor. Por eso me encanta que Raúl lo vea, que lo vea el vecino, que lo veas tú... Follar con gente que comparte esa afición es genial. Yo he dado con Raúl, que lo siente lo mismo, y ya estás viendo por dónde vamos... Si follas con Raúl aunque es cierto que los lazos que nos unen lo va a hacer más singular, lo que más me pondría no sería el con quién, sino el que quieres compartir esas experiencias conmigo, enseñarme cómo disfrutas del sexo... ¡Vamos! Lo que llevas haciendo durante las mil pajas que ya nos hemos cascado juntas...

Se echaron a reír y, a continuación, Paula le devolvió el canuto a Lara. Luego volvió a acomodarse en la bañera y, el movimiento de su brazo bajo el agua, puso en evidencia que estaba haciendo lo que estaba haciendo. Había empezado a masturbarse.

Lara estiró lentamente el pie hasta rozar contra la piel de su amiga bajo la nalga. Continuó deslizándolo hasta donde Paula dijera basta y, como no lo dijo, terminó por llevarlo contra su coño. Paula, con la mano que tenía bajo el agua, se colocó para que Lara la penetrara con el dedo gordo y, a continuación, cerró los ojos, se dejó caer hacia atrás lo que le permitía la bañera. Comenzó a masturbarse alegremente y a follarle el dedo del pie a su amiga. Lara contempló felizmente aquel espectáculo con su canuto y su copa de vino.

Paula no dejó de darse caña y terminó por correrse placenteramente. Acompañó el orgasmo con breves gemidos agudos y una profunda espiración final para, luego, ir recuperando poco a poco el aliento. Abrió los ojos y miró a Lara que, estática y encantada, sonreía mientras no dejaba de mirarla.

Aquel fue su primer contacto físico. A pesar de haberse masturbado juntas mil veces, jamás se habían puesto la mano encima la una a la otra. Acababa de pasar más de una cosa a la vez.

—Me ha gustado enseñártelo —dijo entonces Paula.

—Y a mí me han dado muchas ganas también de que veas lo perra que me pongo contigo.

Lara se levantó del agua y sacó a Paula de la bañera, iba tirando de ella. Fueron al salón pero, por inercia, Lara salió a la terraza y sacó también a Paula. Cogió el cojín largo del sofá exterior, lo tiró en medio de la terraza, recostó a Paula boca arriba y, acto seguido, se encajó encima suya para hacer la tijera. Comenzó a cabalgarla.

Se le erguía el cuerpo casi de manera instintiva. Hiciera lo que hiciera, y en la postura que fuera, siempre exhibía la silueta más esbelta y excitante posible. ¡Hasta la melena mojada le caía bien! Mantenía un ritmo cadencioso y acompasado de caderas y refrotamientos vaginales que acompañaba con gemidos de labios apretados y ojos siempre abiertos, mirando a Paula.

Los dos cuerpos eran sexo en plenitud y, la fuente de excitación, era la conexión de sus miradas.

—Ahora es cuando se me va la olla y digo que sí a cualquier cosa que me propongan —dijo Lara—. ¡Dime un disparate!

—Dímelo tú —respondió Paula—, que eres la ocurrente...

—Esto empieza porque Raúl nos vea cuanto antes...

—¿Vas a grabarnos en video?

—No es mala opción —dijo apretando especialmente coño contra coño mientras la seguía cabalgando—. Pero me refiero a que tiene que vernos, que me pone que lo vea... Que entra por esa puerta...

Lara sola se disparó. Conforme imaginó a Raúl asomando por la puerta del salón a la terraza, se puso tan cachonda que se dejó llevar por las palpitaciones del clítoris. Tanto se le fue de las manos y tan claro lo tenía, que se corrió mirando a la puerta.

Paula también.

Se recompusieron y regresaron a la bañera, pero empezaron a darse ardiles. Se enjabonaron por última vez, se enjuagaron, se echaron sus aceites corporales y, mientras la hacían, charlaron. Estaban tan de acuerdo en que querían compartir aquello cuanto antes con Raúl que, ante la posibilidad de que fuera esa misma noche en la despedida y puesto que, además, esa circunstancia provocó que Lara le propusiera a Paula por segunda vez lo de apuntarse, al final Paula aceptó y Lara comenzó a tantear a las chicas en el grupo para ver si podía sumar una incorporación de ultimísima hora.

—Bueno, Cinthya ya te ha visto. Y, esa noche, nos lo pasamos muy bien las tres... Entre eso y lo que tarden en pensar que somos más para repartir gastos, seguramente no haya problema. Además, ¡Qué tiene que ser que sí! Que ya se me ha ocurrido y todo cómo va a ser.

—Ahora ya tienes que contármelo...

—Como a Raúl va a sorprenderle verte allí, no hay que darle opción a que se le baje el nivel de sorpresa. Así que, durante su primer baile, nosotras follamos. Que, además, eso también da mucho juego para que, en el segundo baile, a Raúl se le ocurran cosas nuevas con el grupo. Cosas de las de volvernos ya todas locas...

—Suenan bien —sentenció Paula.

Efectivamente las chicas estuvieron encantadas de que se sumara una mujer más a la despedida. Así que Lara y Paula terminaron de arreglarse, apenas un poco de maquillaje porque de todas era sabido que la ropa iba a ser lo de menos, bajaron al garaje y, con tiempo suficiente, se marcharon en busca de la ubicación que, de nuevo, Saavedra había subido al grupo.

Se iban de despedida de soltera.

¡Vaya sorpresita de noche!

—Creo que te debo una disculpa. Bueno... Dos, en realidad.

Esas fueron las palabras con las que Saavedra recibió a Lara cuando por fin se conocieron en persona. Estaban aún en la puerta del piso, Paula estaba de hecho en medio del rellano.

—Pasad. ¿Cerveza?

Era el único piso habitado de un edificio vacío y sin terminar de construir, que se levantaba solitario en un enorme solar de los que daban forma a las manzanas de esa nueva zona urbanizada de la ciudad en las que, las farolas de las calles, solo alumbran matorrales. Los semáforos estaban montados, pero aún no estaban en funcionamiento y por allí no pasaba un alma. Un quinto piso con terraza a ninguna parte.

Lara estaba histérica a pesar de que tenía la opción opuesta y podía optar por la calma. Le costaba. A pesar de haber tenido unos días para asimilar que Saavedra, lo mismo que tenía una peor versión como persona, también podía tener la mejor, todavía estaba reacia a contemplarlo como opción. Y aquella noche iba a ser la oportunidad de comprobarlo. Pasara lo que pasara.

Paula, que se lo veía en la cara, no hacía más que hacerle gestos de despreocupación cada vez que podía en el breve trayecto que las llevó de la entrada a la cocina.

Marta, otras de las asistentes a la despedida, también estaba ya en la casa. Las cuatro parecían haberse puesto de acuerdo en cuanto al vestir: vaqueros gastados con camisetas de algodón de manga corta.

—Lo que te estaba diciendo —continuó diciéndole Saavedra a Lara—. Que aquello no estuvo bien y que...

Saavedra expuso una perspectiva de los hechos con el paso del tiempo, asumió unas responsabilidades y pidió unas disculpas que a Lara le parecieron muy acertadas. Ella, Lara, una vez pasados los nervios iniciales del encuentro, comenzaba a ser consciente de que podía bajar un poco el ritmo de inquietud. Consiguió meterse en la conversación y, juntas, deshicieron el nudo que las enredaba en el pasado.

La charla dio incluso para contar momentos anecdóticos y se prolongó hasta buen tiempo después de haber salido de la cocina y haberse acomodado las cuatro en el sofá del salón. Mientras charlaban, Lara tuvo tiempo de ir haciendo un reconocimiento visual del escenario.

El salón del piso era como la ficha “S” del tetris. Desde la puerta, justo antes de entrar, tenía la cocina a la izquierda que, por una barra americana, conectaba con el salón. Al entrar, también a la izquierda, estaba la mesa de la zona de comedor, que ya estaba vestida, con siete sillas y, al fondo, la puerta cristalera de tres hojas que sale a la terraza. A la derecha de la puerta sigue la otra parte del salón. En la pared simétrica a la cristalera está el mueble con la tele y, al fondo, el sofá en el que estaban sentadas, que tenía una ventana detrás que daba a la terraza y, delante, una mesa de té. El sofá es una doble chaise longue, o en forma de “U”, con capacidad para acoger cómodamente a las siete invitadas de la despedida y con espacio por delante suficiente como para que el stripper, Raúl, pudiera bailar con comodidad.

Era un salón grande y el piso estaba chulo. Sin embargo, a Lara le parecía que no tenía calor de hogar. Aquella no parecía la casa de Saavedra sino, más bien, un piso franco. Echándole un vistazo, además, se había dado cuenta de otro detalle que le hizo tener una nueva sospecha.

—Están juntas —pensó.

Se refería a Marta y a Saavedra. Había reconocido el sitio desde el que Marta se había echado la foto que habían subido al grupo de whatsapp a media tarde, cuando ella estaba en la bañera. En ese momento, Saavedra había subido una desnuda en un dormitorio y Marta, la que sin duda se había hecho en el salón.

—¿Toda la tarde juntas en la misma casa? ¿Y Saavedra moviéndose desnuda sin pudor por casa y por whatsapp y, cuando llegamos, nos reciben vestidas? Entre ellas hay rutina de pareja... —seguía diciéndose Lara interiormente.

Los cuatro móviles vibraron a la vez sobre la mesa de té, alguien debía haber escrito en el grupo.

—Comprando el hielo. En diez minutos estoy ahí ¿Ha llegado alguien? —decía Cinthya.

Lara envió la foto que, las cuatro, se echaron juntas en ese momento en el sofá.

—Ahora nos vemos —escribió entonces Cinthya.

Habían empezado a hablar de la cena. Saavedra había preparado varios platos al centro, con gambas, embutidos y quesos y, de plato fuerte, tenían ensalada de pasta. Lo que no faltaba era la cerveza y las bebidas espirituosas con sus necesarios refrescos. También había cuatro botellas de vino y una de champán. La despensa se completaba con algo de dulces y chocolate, helado, bolsas de aperitivos y galguerías varias. Provisiones más que suficientes como para amanecer sin hambre.

—Y falta una cosa —dijo Lara levantándose del sofá para ir en busca de su bolso, que había

dejado sobre una de las sillas del comedor, a coger su pitillera. Se encendió un canuto—. El cigarrillo de la risa —dijo cuando regresó al sofá.

—¿¡Ya!? —reaccionó Saavedra con una grata sorpresa.

Paula se sacó del bolsillo de sus vaqueros su pitillera y encendió otro canuto. Se lo pasó a Marta tras darle la primera calada. Marta, con el canuto en la mano, se levantó del sofá para ir en busca de un cenicero. Y, en esto que estaba de pie, sonó el timbre de la puerta. Se fue a abrir.

—¿De verdad crees que el stripper se va a liar la manta a la cabeza? —le preguntó Lara a Saavedra después de pasarle el porro—. Mira la que me pasó a mí en el local.

—Pues mira, si te soy sincera, no lo tengo del todo claro —le empezó a responder Saavedra—. Si sigue siendo el Raúl que yo conocí, podría con nosotras y con diez más como nosotras. Y, una cosa es el local, donde tiene que mantener una imagen, y, otra cosa es aquí, en privado. Y, cobrando lo que cobra, si, encima, le sirves la fiesta en bandeja, no tendría por qué negarse... Pero no sé qué va a pasar... Igual siete tías cachondas no son bastante como para que me perdone.

Se calló durante un segundo.

—Es que se la hice bien gorda —terminó de decir.

—¿Qué le hiciste? Si se puede preguntar.

—Joderle bien la vida —se lamentó aliviada Saavedra—. Jodérsela, pero bien.

Saavedra se confesó con Lara y, su exposición, coincidía con la de Raúl, solo que aportaba más detalles. Le contó como le bastó tan solo un día, para ponerle los cuernos a Raúl con un amigo en cuanto hablaron de ir algo más en serio en su relación y, luego, solo una semana más para montarle una escena y desaparecer.

—Y, encima, le metí en un loro de cincuenta mil pavos.

—¿¡Y le contratas de stripper!? ¡Tía! Eso es caer muy bajo.

—¡No, tía! —respondió Saavedra enérgica al sarcasmo de Lara—. Es aprovechar una buena excusa para pedirle perdón de una manera como las de los viejos tiempos.

—No creo que sea la mejor manera de pedirle perdón... —dijo Lara—. La mejor fiesta de reconciliación, sí, ¡desde luego! —enfaticó— Pero perdón, perdón...

Cuando se escuchó sus propias palabras, Lara se asustó. Temía haber sido imprudente al entrometerse en cómo debía llevar Saavedra su vida y, por lo que se asustó de verdad, temió haber dejado ver demasiado de sus propios sentimientos. ¿Por qué su reacción era conectar con el corazón de Raúl? ¿Se habría dado cuenta Saavedra de que le escondía un secreto?

—¡¡Hoooolaaaaa!! —Se escuchó la voz de Cinthya decir con la reverberación propia de estar aún en el rellano de la planta—. ¿No echáis de menos a nadie?

—¡Coño! —Saavedra reaccionó de un sobresalto—. ¿Qué pasa?

—Será mejor que salgáis —escucharon por respuesta.

Se levantaron las tres del sofá para salir en dirección a la puerta. Saavedra la primera, Lara la segunda y Paula la última. Cuando superaron el recodo del salón y se encontraron de frente al pasillo que, abierta, tenía al fondo la puerta de la casa, no se podían creer lo que vieron.

En medio del rellano, Cinthya estaba completamente desnuda y con un canuto en la mano. De frente a la puerta de la casa. Marta, vestida, estaba detrás suya.

—Vamos, vamos —Cinthya gesticuló con la mano apremiándolas a salir cuando las vio aparecer al fondo del salón.

Salieron al rellano y se quedaron frente a ella sin saber de qué iba aquello.

—¿Es posible que yo pare a comprar hielo y que, aquí, haya cuatro tías vestidas y tiradas en el sofá? ¡A esta casa no entra nadie con ropa! Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Señaló su propia ropa. Cinthya se había desnudado en el rellano y, junto a la puerta de la casa, había dejado la ropa doblada y colocada en un montoncito. Acto seguido, entró a la casa y empezó a recorrer el pasillo dándoles la espalda y sin decir media palabra más.

—Anda, trae —le dijo Marta a Saavedra quitándole el porro de la mano—. Que me lo ha quitado nada más abrirle y se lo ha estado fumando ella sola.

Lara y Paula se cruzaron las miradas un instante.

—Aquí pasa algo —decían los ojos de Lara.

—¿Cinthya es la domina del grupo? —respondieron los de Paula.

A Lara se le cayeron los papeles de inmediato. Hasta ese momento había creído que era Cinthya quien sentía algo por Saavedra y la que se sometía de algún modo pero, ahora, parecía otra cosa totalmente distinta en la que, desde luego, Cinthya parecía ser la que llevaba la voz cantante.

Las chicas entonces intercambiaron miradas de aceptación consentida, de ilusión y de morbo a la vez. En un segundo, se lo dijeron todo con solo verse los ojos y comenzaron a desnudarse y a seguir el ejemplo de Cinthya sobre el modo en el que dejar la ropa: hecha montoncitos junto a la puerta de la casa.

—Y un chupito para ir entrando —dijo Cinthya cuando volvió a aparecer por el pasillo con una botella de licor en la mano y un vasito de cristal en la otra.

Lara y Paula observaron y fueron las últimas en entrar. Por delante de ellas, Saavedra y Marta habían ido entrando en la casa de una en una, tras beberse un chupito, darle un par de besos a Cinthya, y pasarle el vaso a la siguiente.

—Si estas dos —dijo Cinthya refiriéndose a Lola y Noe—no entendieran que tienen que estar desnudas cuando toquen a la puerta, beberán doble.

Las cinco se rieron con la broma mientras se dirigían de nuevo al sofá del salón. Cinthya ya se había dejado preparada una cerveza en la barra americana para cuando volviera. No parecía que ejerciera un rol de domina exigente, pero sí que había gestos y detalles que invitaban a sospechar que algo de voz cantante tenía.

Apenas se habían sentado de nuevo en el sofá cuando sonó el portero electrónico.

—Media hora tarde —protestó Cinthya—. ¿Abres tú? —le preguntó entonces a Paula—. No te conocen.

En lo que Paula tardó en asentir, que fue apenas un segundo, a Lara le dio tiempo de darse cuenta de otro detalle: Cinthya no había tocado al porterillo. ¿Cómo había entrado si, en el edificio, no parecía vivir nadie más? ¿Tenía llaves? ¿Por qué? ¿Es que era suyo el piso? ¿Tenía algo que ver con eso de parecer la domina del grupo?

—Aquí pasa algo —se volvió a decir a sí misma.

Esta vez, la mirada de su amiga estaba respondiendo a Cinthya.

Lara siguió observando. En lo que Lola y Noe tardaron en subir desde el portal y tocar al timbre de la puerta, ellas habían tenido tiempo de comenzar a charlar. Saludos, presentaciones, “holas, ¿Qué tal?”... Incluso Cinthya había encendido la tele y se la había sincronizado con el móvil. Al sonar el timbre, Cinthya miró a Paula y la siguió con la mirada desde que se levantó del sofá hasta que se perdió por la esquina del salón. Continuaron con la charla.

—Beben doble —se escuchó a Paula decir desde la puerta.

—Vaya unas petardas —se lamentó Cinthya.

Lola y Noe terminaron por entrar a la casa, convenientemente desnudas y bebidas y pasaron al salón. Paula cerró la puerta tras de ellas para seguir las.

—Deja abierto —gritó Cinthya en un tono firme pero amable—. Y aas la luz de entrada y pasillo.

Por fin estaban las siete juntas y, de algún modo, comenzaba aquel “disparate de los enredos” que iba a ser la despedida. Sentían euforia y eso les aumentaba la excitación sexual. Eran siete chicas monas y desinhibidas que estaban encajando muy bien desde el primer momento.

Habían vuelto al sofá, que, efectivamente, tenía espacio para sentarlas a todas. Aún había que tomarse una primera cerveza todas juntas antes de cambiarse a la mesa del comedor. Lara y Noe se pusieron al día con lo de fumar y el grupo se fue conociendo un poco más.

—¡Ah! Pero, ¿Que no estáis juntas? —les preguntó Paula a Lola y Noe según iba la charla.

—¿Nosotras? ¡Qué va! —contestó Noe.

Las chicas se empezaron al poner al día de su situación emocional y, conforme hablaban, Lara se empezó a sentir acorralada. ¿Qué respondía? ¿Soltera o con pareja? ¿Se la jugaba a que le hicieran preguntas y se desvelara su secreto? Pensó en ser la última en hablar, pero no podría hablar después de la anfitriona, así que, de remate, no había forma de enterarse antes si Saavedra tenía algo con Marta. Salvo que fuera Marta quien lo contara y hablara antes que ella.

—Y, luego, está Cinthya —pensó a continuación—. Que, si es la que lleva la voz cantante, seguro que habla después de Saavedra.

Lara se sentía totalmente acorralada.

Sin embargo ocurrió el milagro y, tras Lola y Noe, quien habló fue Saavedra. A Lara le pareció sospechosa la miradita que, justo unos segundos antes, Cinthya le había echado a Saavedra, pero no le dio importancia. Confirmar su sospecha era una inquietud mucho más jugosa.

—Todas ya sabéis lo bien que me va Marta...

—¡¡Sí!! —exclamó Lara interiormente.

Aquello volvió a ser un derrame de sinceridad por parte de Saavedra que, por otro lado, acorraló a Lara más todavía. Ahora ya sí que no podía mentir y, cuando llegara su turno, tendría que decir que salía con alguien. Había que abandonar por completo la postura de la desconfianza y la sospecha y había que tener sinceridad.

—Pues la voy a liar... —se lamentó entre pensamientos.

¿Cómo explicas que la novia del stripper está en la despedida de soltera con ellas? ¿Sabe entonces Raúl lo que va a pasar? Sí que podía resultar un marrón bien gordo.

Pero volvió a ocurrir el milagro y el teléfono de Cinthya sonó en medio de la conversación. Lo cogió, se levantó del sofá para salir del salón y, la charla, se convirtió en silencio de inmediato. Como si, por eso de que Cinthya fuera la domina, no se podía hacer nada sin ella. Pasados unos segundos, cuando vio a Marta coger su móvil de la mesa para trastearlo, Lara vio el cielo abierto y encontró la oportunidad perfecta para hablar con Raúl. Tenía que advertirle y pedirle consejo.

—¿¡Qué hago!?! —le había escrito después de contarle cómo estaba la cosa.

Cinthya volvió al salón antes de que Raúl contestara. Lara, en un acto reflejo, soltó el móvil sobre la mesa al verla llegar, confiando en que todas harían lo mismo. Y lo hicieron, sí, pero no con la inmediatez con que ella lo había hecho.

—Sigo estando asustada, ¡Qué quieres! —se dijo.

Y decidió que era buen momento para liarse un cigarrito de hierba.

Milagrosamente, la charla cambió de tercio y no llegó la hora en la que Lara tuviera que enfrentarse a su dilema. Así que, conforme fue pasando el tiempo, se pudo ir relajando. Estuvieron en el sofá poco tiempo más, lo que dura un canuto entre siete, y se levantaron para ir poniendo la mesa alrededor de las diez y cuarto de la noche. Con tres cuartos de hora había tiempo más que

suficiente como para comer bien y llegar a la primera copa antes de que llegara el stripper.

Total, si la comida era lo de menos...

Todas las variables posibles habían ido influyendo desde el primer momento para que, las siete, se mantuvieran agradablemente excitadas. Ahora, el tiempo, el fin de la cuenta atrás antes del desmadre definitivo, no hacía más que ir acelerándolas. Sentadas a la mesa empezaron a escucharse las primeras barbaridades sexuales, narradas en experiencias, recuerdos, fantasías, expectativas ante la noche que se les abría...

—¿Y quién de todas se supone que es la novia? —preguntó Paula.

—Yo no puedo, evidentemente —dijo Saavedra—. A mí me conoce.

—A mí también —respondió Lara de inmediato.

Cinthy y Saavedra sabían que Lara y Raúl se conocían del local de striptease, pero nada más. La coartada de Saavedra, por tanto, era también válida para ella.

—Pues yo iba a votar por ti —le dijo Paula, que la dejó con cara de “WTF”—. Pues sí, tía. Tú imagínate... Después de vuestro antecedente en el privado del local, tú has sabido corregir aquello y, ahora, te llevas bien con él. ¡Hasta le dijiste a Cinthy que, de ser preciso, él daría la cara por ti para que pudieras venir a esta despedida! ¡Eres la que menos se espera! Además, si algún día decidieras casarte, ¿Es que no te molaría que Raúl fuera el stripper de tu despedida? ¿No te molaría decírselo con esa sorpresa?... ¡¿Qué coño “con esa”!?! ¡¡Con esta pedazo de despedida que estamos celebrando!!

—Pues no puede ser —insistió Lara empezando a ponerse un poco nerviosa—. Porque, además, es Saavedra quien le ha contratado y no yo.

—Pero tienes un pasado con ella que crea la oportunidad.

—¡Ah, sí! ¿Cuál?

—Saavedra te levanta dos novios en el pasado y, ahora que te casas, para hacer las paces contigo te monta una despedida muy loca pero muy guay porque además, el stripper, resulta que es un amigo tuyo al que todas sabemos que le tienes ganas. ¡Hasta él lo sabe! Eres la novia perfecta para que esta despedida funcione. O sea, si yo fuera Saavedra, esta sería la despedida que te habría organizado.

A todas se lo pareció, menos a ella. El alegato de Paula era cimentado como delicado. Había aportado un par de datos que, en un rápido ejercicio de memoria, Lara había tenido que situar para saber si podían decirse o no; Afortunadamente, eran que sí. De repente se dio cuenta de que era el centro de todas las miradas. Como si, de pronto, la cosa tratara de que ella tenía que aceptar en vez de que se tuviera que elegir a cualquier otra.

Y, si esa era la premisa, no le quedaba otra que aceptar. Era lo que todas esperaban.

—Pero es que yo no me caso... —insistió por última vez Lara—. Y luego habrá que decírselo, ¿no? Que es todo mentira...

—Seguro que te soporta la broma —intervino Saavedra apoyando la propuesta de Paula—. A mí me mola hacer el papel de amigas reconciliadas.

—¿A que he sido la única en caer en el detalle de comprar una banda con mensaje sexy y una diadema de pollitas? —sentenció entonces Cinthy.

Aquella intervención provocó la risa de las chicas y arrancó la aceptación final de Lara para meterse en el papel de ser la novia de la despedida.

—Fíjate que, esta mañana, hemos estado del tema —se dijo Lara al recordar el “yo me casaba contigo” y el “empiezo a pensar lo mismo” que Raúl y ella se habían cruzado, no por la mañana, aunque sí durante su desayuno—. Qué cosas... Pues sí que me casaría contigo y sí que me

apuntaría a una despedida como esta... ¡¡Hostias!! Y, así, lo del polvo con Paula... Claro, estas pensarán que estoy sobreactuando y, solo nosotros tres, compartiremos ese momento... Empieza a gustarme la idea...

A las once menos diez ya estaban todas de vuelta en el sofá, con sus copas puestas y la excitación por las nubes. A parte de que la cuenta atrás estuviera finalizando, el ímpetu con el que Lara había terminado adoptando su rol de novia desinhibida en una despedida loca y su modo de compartirlo, había ido contagiando a las demás.

Lara y Paula habían elegido uno de los rincones del sofá para sentarse juntas. Esa misma tarde habían acordado que, durante el primer baile de Raúl, ellas follarían. Ambas estaban locas por compartir con él ese secreto. Así que buscaron un buen lugar sobre el que poder actuar cuando llegara el momento.

Ya se hablaba con soltura de las ganas que había de echarse una polla a la boca y Lara, Paula, Cinthya y Saavedra tuvieron oportunidad de explicarle a las demás cuán maravillosa era la polla de Raúl, el stripper. Saavedra y Marta, por su parte, había dado algo más de soltura a sus gestos cariñosos y los besos, hacía ya rato que se acompañaban también de caricias corporales; Llegando con relativa frecuencia a tintes sexuales. Todas se ponían cuando, en uno de sus besos, las manos de cualquiera de las dos se perdía en el coño de la otra.

Las cuatro solteras habían empezado a bromearse sexualmente entre ellas y Lara, la novia, era la chica de todas. No era raro que ya se comieran a picos las unas a las otras. Incluso Saavedra y Lara estaban en el beso lésbico de amigas reconciliadas cuando, en el teléfono de la primera, sonó y se leyó un mensaje de texto de Raúl diciendo que estaba a punto de llegar y tocar al porterillo de la casa.

—Abre tú —volvió a decirle Cinthya a Paula—. Y, a partir de ahora cuando suene, todas en silencio.

El porterillo sonó de inmediato y Paula se levantó para ir a abrir. Lara estaba nerviosa ¿Y si Raúl le reconocía la voz? Cinthya, por su parte, también se levantó del sofá y fue quien cambió la iluminación del salón, usando los reguladores y encendiendo y apagando ciertas lámparas para crear un ambiente tenue y sugerente.

Las chicas volvieron al sofá y, en silencio y casi a oscuras, aguardaron con sus copas y sus canutos, desnudas y excitadas, a que el stripper llegara y las viera.

La puerta automática del ascensor se escuchó abriéndose al cabo de un par de interminables y excitantes minutos. El salón estaba a media luz, el pasillo y la entrada de la casa a oscuras, la puerta de la calle abierta y, al otro lado, Raúl salía del ascensor a un rellano que también estaba a oscuras.

Las chicas estaban cachondas tan solo de imaginar lo que iba a sentir el stripper cuando viera sus ropas en la puerta. Tenían tantas ganas de escuchar el clic del interruptor de la luz del rellano que guardaban el más absoluto silencio mientras agudizaban al máximo el oído.

Y lo escucharon.

La tensión añadida tenía a Lara tan cachonda que, al oírlo, comenzó a masturbar a Paula. Estaba acariciándole los labios vaginales, que estaban ya húmedos, por cierto, y pasaba juguetón la yema de algún dedo de vez en cuando sobre el clítoris. También comenzó a tocarse. Sin volverse muy loca, pero poniéndose muy a tono.

Al cabo de unos cuantos morbosos segundos, los pasos de Raúl comenzaron a sonar cruzando por el rellano en dirección a la casa. Cuando el sonido con eco del exterior tornó en el de la entrada, se escuchó más de un suspiro en el sofá. Los pasos no se detuvieron en ningún momento

y, lentos pero firmes, sonaron desde el ascensor hasta que el stripper se encontró con la escena que le esperaba en el salón.

Y Raúl flipó por varios motivos.

Primero por encontrarse a siete tías buenas. Que no eran una selección de top models pero que, cada una con sus particulares hechuras, eran todas no menos de un siete y medio alto; Para que nos entendamos. Luego flipó al encontrarse con Lara en el papel de novia de la movida y con que estuviera dándose ese excitante filete, además, con Paula. ¡Que también estaba allí! Y también flipó al encontrarse de nuevo con Saavedra después de tanto tiempo y en aquella situación. Después de cuatro años largos sin verse y con lo que había pasado entre ellos, su reacción final fue la de sonreír. Primero interiormente, con sinceridad, una sonrisa de felicidad. Y, luego, exteriormente, con una sonrisa sugerente con la que dio las buenas noches a las mujeres. Después del saludo, y sin decir ni media palabra, comenzó su actuación.

Venía vestido de repartidor a domicilio como los de Glovo; Con su casco y su capazo en el que llevar cosas. Llevaba pantalón de trabajo, con varios bolsillos por la pernera, en color negro, botas militares y camiseta blanca. En los primeros segundos en los que vio a las chicas por primera vez y habían intercambiado sonrisas, también había aprovechado para sacarse el móvil de uno de los bolsillos del pantalón para poner la primera de las canciones: Una versión del Thriller, de Michael Jackson. En los primeros compases de la coreo, además, sacó un altavoz bluetooth del capazo, que conectó al móvil para que se escuchara con volumen suficiente.

Conforme siguió bailando, seduciendo a las mujeres con movimientos y miradas y quitándose la ropa, la cosa entre Lara y Paula también se fue desmadrando. A la mitad del tema ya habían hecho la tijera y estaban follando: Paula recostada sobre el sofá y Lara sobre ella, controlando el movimiento pélvico de coño contra coño y la situación. Raúl no les quitaba ojo de encima aunque trataba de jugar con todas. Formaba parte del trabajo, claro. Pero, sin embargo, el caso particular de estar viviendo aquello con Saavedra, también tenía su puntito particular.

Y Marta, que, en un momento oportuno, se dio cuenta de que las miradas entre Saavedra y el stripper iban más allá del juego, se puso celosa y le echó la mano encima a su chica marcando su territorio. Y Saavedra supo cómo hacerlo para que la mano de su novia fuera tan íntima como le apeteciera. Y, obviamente, lo fue. Cinthya, por su parte, lo mismo se tenía la mano encima que se la echaba en lo alto a cualquiera de las otras dos. Todas, en definitiva, estaban bien a gustito y disfrutando, sobre todo, de las sensaciones que les despertaban el baile, el cuerpo y el juego del stripper.

Lara y Paula se corrieron antes de que los silbidos jaleosos y los aplausos del resto de las chicas reconocieran la diversión del primer espectáculo. Un espectáculo que, de rodillas, en el suelo entre la mesita y la tele, Raúl había terminado en tanga negro y con las botas puestas. Lara y Paula no fueron escandalosas, pero sí muy evidentes. El polvo que echaron desinhibió a Marta y Saavedra tanto como para que se dieran lustre entre ambas alegremente y para que la polla de Raúl no dejara de ser grande y dura bajo la tela de aquel tanga.

—¿¡Qué te casas!?! O sea... ¿¡Que os casáis? —les dijo Raúl a Lara y a Paula después de que la euforia musical diera paso a la calma de diversos amigos que se están encontrando en una situación rocambolesca—. ¿Cómo no me habías dicho nada?

—Ya ves —respondió Lara, evitando decir el “sí” en voz alta—. Si te lo hubiera contado no habrías querido ser mi stripper.

—¿¡Cómo que no!?! —bromeó Raúl—. Tú me cuentas a mí esto —le echo una miradita a Paula —y yo me apunto de cabeza. Que tú también —le dijo entonces a Saavedra—. Que tú y yo

tenemos una conversación todavía... Pero que me alegro de verte. ¡Qué cosas! Chicas, Raúl, encantado —dijo finalmente para saludar y presentarse a Marta, a Lola y a Noe.

Raúl fue a hacer el ademán de vestirse pero Lara se lo impidió. Alcanzaron el acuerdo de que él se quedara en tanga y a cambio, ellas, las siete, se comportarían y no le meterían más mano que algún que otro azote en el culo cuando se pusiera a tiro. Y, durante un rato, Raúl fue uno más de la despedida. Compartiendo con ellas experiencias y risas, copas, morbo...

Saavedra tuvo ocasión de mantener su conversación pendiente con Raúl. Ocurrió cuando le acompañó al dormitorio para que se vistiera para su segunda actuación. Le pidió perdón por lo mal que gestionó su ruptura años atrás y le contó como la perspectiva del tiempo le había hecho ir dándose cuenta de todas y cada una de las repercusiones de sus actos. También le contó como, en esa evolución, coincidió que conoció a Marta y que, en cierto modo, fue ella quien le cambió la vida.

—Si te aprecio lo que te aprecio —le decía Saavedra a Raúl—, ya no es solo porque recuerde como eras, es porque Marta no me deja que lo olvide. Fue la que hizo que entendiera tu postura, lo gordas que eran realmente las consecuencias de mis actos y cómo te habrían caído. Te defendía y me daba caña a mí, ¿sabes? No sé por qué se habrá puesto celosa antes. Jajaja... No, en serio. Que tenía muchas ganas de contártelo y de que volvieras a mi vida. Que eres muy buen tío...

—Yo me alegro mucho de que la vida te haya traído hasta aquí —le respondió Raúl con una sonrisa sincera—. ¡Y, anda! ¡Vuelve al salón! Que, si antes, se te ha puesto celosa Marta por unas miradas, imagínate cómo tiene que estar ahora que andamos a solas...

Saavedra, sin darle la espalda, comenzó a alejarse hacia la puerta del dormitorio. En silencio y sonriendo.

—¡Tiene pinta de buena tía! —le dijo entonces él, bendiciendo con cariño a Marta.

La fiesta en el salón no había decaído, al contrario, las chicas se preparaban para lo mejor: la segunda actuación del stripper, en la que él también se quedaba en bolas. El momento de perder el control y de provocarle con el firme propósito de seducirle y desembocar en una orgía.

Saavedra volvió al sofá y, de camino, plantó una silla en medio del salón, entre la tele y las chicas. Y, entonces, todas las miradas se clavaron en Lara. Aquella silla, indiscutiblemente, debía ser para la novia de la despedida de soltera y su banda y su diadema de pollitas la delataban.

Lara estaba dándose cuenta de que iba a tener que sentarse en la silla para seguir con el engaño en el momento en que Raúl apareció en el salón. Seguía oscuro, iluminado tenuemente por un par de lámparas de pared. El stripper llevaba puesto un traje de chaqueta, con camisa y corbata, para su segundo espectáculo. Sin decir una palabra invitó a Lara a que ocupara su lugar en la silla, de frente a las chicas, y, después de que se sentara, lanzó al altavoz la canción.

Con los primeros compases de guitarra del “Secret”, de Madonna, Raúl salió de detrás de la silla para ponerse paralelo a la misma, al lado de Lara. Y, cuando Madonna comienza a cantar, el comenzó con su baile tranquilo y sugerente.

La primera estrofa la aprovechó para ir haciendo ambiente entre las chicas. Había comenzado por Lara pero, a continuación, había ido teniendo un guiño para las otras seis. Ellas estaban encantadas, Raúl tenía un encanto especial en su forma de bailar y en su expresividad que las cautivaba. Tenía cara de pícaro buen tío. ¡Loquitas las tenía!

—¡Ay! Si supierais —pensaba Lara mientras le tocaba ver desde la silla.

“Secret”. La canción era un puntazo, desde luego. Lara era la novia de una despedida de soltera ficticia para embaucar a un stripper y seducirle, que la había organizado una ex del propio stripper quien, además, había tenido sus movidas en el pasado con Lara, que se había colado en la

fiesta con argucias y en la que nadie además, salvo Paula, sabía que salía con el stripper.

Cuando se dio cuenta de que estaba exhibiendo toda su intimidad delante de aquellas chicas y que ninguna podía verla, salvo Paula y el propio Raúl, se puso cachondísima de compartir ese juego con su novio. Empezó a buscarle la mirada y a soltarse sexualmente. Se le empezaron a abrir las piernas.

Vino a coincidir ese subidón además con el momento en que Raúl comenzó a quitarse elegantemente la ropa. Primero se quitó la corbata y se la puso a Lara después de quitarle la diadema de las pollitas. Y luego le soltó el pelo. Se desabrochó un poco la camisa, se quitó la chaqueta, el cinturón, la camisa finalmente...

Lara escuchaba la letra de la canción mientras Raúl le bailaba y la situación la tenía loca. Se le iban las manos al cuerpo de su stripper y, con la excusa de que las chicas lo jaleaban y lo aplaudían, le magreaba para descargar la tensión sexual por las manos.

—Mai beibis gara sicret tu miiii —murmuraba canturreando con los labios apretados (“My baby has got a secret to me”).

En el sofá también había mucha mirada lasciva y algunos cuerpos florecientes. La cosa se fue calentando más y más durante la segunda estrofa y, para la pequeña parte instrumental, Raúl ya estaba en tanga, Lara había podido darle un par de apretones al paquete y Paula había cogido su móvil y había empezado a hacerles fotos.

Raúl se alejó un momento durante el baile por detrás de la silla, Lara no le veía pero las chicas sí, y volvió pronto para situarse tras ella. Le puso un antifaz negro para taparle los ojos y continuó con el baile.

La canción entraba en su recta final y el contacto entre los cuerpos de Lara y de Raúl empezaba a pasarse de castaño oscuro. Que si ahora te paso el paquete del tanga bien cerca de la cara, que si ahora te abro de piernas delante de las chicas y poso las manos sobre los muslos bien cerca del coño... La situación, así como el ánimo en general, había alcanzado ya el status de porno duro que tantas ganas tenían.

Lara sintió como Raúl le puso un segundo antifaz sobre el primero y como, a continuación se ponía de pie delante de ella y le cogía las manos para posárselas en las caderas justo donde, el elástico del tanga, tenía un par de broches para desarmarlo.

El baile duró todavía lo suficiente como para girar la silla sobre la que se sentaba Lara y ponerla de perfil a las chicas. El tanga de Raúl ya solo se sostenía por la presión de los muslos.

—¡Te va a regalar por tu boda lo que no te dio en el local! —jaleó Cinthya.

Y el tanga del stripper calló en ese momento y, al hacerlo, la punta de la polla le dio a Lara en la cara.

No se lo pensó dos veces y Lara sacó la lengua para buscarla de nuevo. Cuando encontró el capullo, lo salvó con la lengua y se recolocó sobre la silla para abrir bien la boca. Tenía tantas ganas de comerse aquella polla como de enseñárselo a las chicas. Así que no se lo pensó dos veces y, desde la punta, empezó a metérsela en la boca lentamente, lubricándola bien de saliva mientras avanzaba e iba tragando.

Se detuvo a medio camino, había un cuerpo extraño rodeándole el rabo. Palpó con la lengua y noto que era, o debía ser, un anillo fálico que, además, parecía tener un hilo atado. Un hilo que estaba tenso por la gravedad y del que parecía colgar algo. Su primera reacción fue la de ir a descubrirse los ojos pero Raúl la detuvo cogiéndola suavemente de las manos. Entonces fue él quien, con cuidado, le quitó a Lara el antifaz que le tapaba los ojos y le dejó puesto el otro.

Lara fue a bajar la mirada para saber qué pasaba pero la sonrisa de Raúl le propuso otra cosa.

Seguramente era más divertido que lo descubriera sin mirar.

Y Lara se sacó la polla de la boca, buscó de nuevo el anillo fálico, recorriendo la polla con la lengua, siguió el peso gravitatorio del hilo y, anudado en el otro extremo, descubrió palpando con la punta de la lengua que, lo que había colgado, era una alianza de las de con piedra engarzada.

—No—me—jodas —dijo Lara clavando sus ojos en los de Raúl.

Y, la sonrisa de su novio, produjo la suya.

Bajó entonces la mirada y, efectivamente, era una alianza de oro blanco con un pequeño diamante engarzado. Volvió a mirar a Raúl y se lo comió de un beso. Rompió el hilo de un tirón con cuidado de no hacerle daño a Raúl en el rabo y de no perder el anillo, se lo puso sin dejar de besarle y, cuando por fin lo miró, alucinaba.

—¡Tía! —le dijo a Paula girando la vista—. ¡Que me caso!

Y, entonces, cuando vio que todas se habían puesto un antifaz y que Paula ya no era la única que estaba grabando el momento, se le abrieron los ojos mucho más de lo que había tenido abiertas las piernas.

—¿¡Qué coño acaba de pasar aquí!?! —pensó mientras miraba a su alrededor—. ¿Lleváis todas semanas vacilándome?

Y, al vérselo en la cara, todas se echaron a reír.

—Qué hijas de puta...

Volvió a mirarse el anillo. El momento unicornio feliz le había aplacado temporalmente el apetito sexual y ni se dio cuenta; Quería disfrutarlo de esa manera, con el corazón. La locura sexual que, hacía apenas unos minutos, embriagaba a todas se había tornado en momento porro, risas, alcohol y charla. Y estaban súper a gusto.

Pero, claro, allí habían ido a lo que habían ido. ¿O ya no?

—Una pregunta, Saavedra —dijo Lara—. Pero, ¿Lo de tus ganas locas de follarte a Raúl era entonces verdad o era parte del engaño?

Se echaron todas de nuevo a reír. A esas alturas ya era evidente.

—Pues empieza tú porque, hace unos días, le dije a este que, primero, follara con vosotras y a mí me dejara para el final. Y, ahora —dijo mirándose de nuevo el anillo—, pues con más razón todavía... Y pobre de ti como me llegues sin fuerzas..

—¿Qué vas a hacer tú, mientras? —dijo Raúl, respondiéndole a sus últimas palabras.

—Seguirte el ritmo y enseñártelo, evidentemente.